

NOVELAS BRUGUERA

SS

SERVICIO SECRETO

LA DROGADICTA

joe mogar



LA DROGADICTA

SS Nº 1339

Autor: Joe Mogar

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

DEJÉ de hacer sonar la sirena tan pronto como detuve el coche, descendí luego de lanzar a través de la ventanilla una fugaz mirada a los curiosos que casi rodeaban los tres coches patrulla que asimismo se habían detenido allí, y me acerqué al bulto caído en el suelo, cubierto ya con un gran trapo blanco en tanto que a mi alrededor el resto de los policías de uniforme trataban de apartar a los curiosos.

—¿Quién era, sargento? —pregunté.

Alf Foster, sargento de detectives, del Departamento de Homicidios del Manhattan Oeste, se volvió a mirarme con el rostro ceñudo.

—Hola, teniente —dijo. Hizo una pausa, muy ligera, y entonces contestó a mi pregunta—: Se llamaba Peter Richardson, y le mataron de un tiro en la espalda que le atravesó el corazón.

—¿Ha visto alguien alguna cosa?

—Estamos investigando eso, teniente.

No respondí, me incliné sobre el muerto y destapé su rostro; durante unos instantes lo estuve mirando detenidamente y me puse en pie a continuación.

—Sigas buscando si hay algún testigo, o alguien que oyera los disparos o el disparo —dije—, aunque me temo que usaron un silenciador para matarle. —También hice una leve pausa y pregunté—: ¿Dónde lo encontraron?

—En aquella cabina que hay en la esquina —respondió Foster—. Le mataron a través del cristal.

—¿Alguna huella?

—Las del propio Richarson, según creemos, en el auricular. ¡Ah, teniente, estaba telefoneando a alguien cuando el hecho ocurrió, ya que el auricular estaba descolgado!

—¿Quién nos llamó?

—Fue una llamada anónima.

—Lo que quiere decir que sí hubo un testigo —respondí—, precisamente el que nos llamó. Traten de buscarlo. Peinen si hace falta todos estos alrededores, casa por casa, bar por bar, y club por club. Alguien, indudablemente, tiene que haber visto u oído algo.

No me respondió; tampoco yo añadí nada más. Di media vuelta y me acerqué a la cabina telefónica, abrí su puerta y sin entrar en ella la examiné.

Nada, aquélla era la verdad. Unas huellas en el auricular mezcladas con otras miles que llenaban la cabina, como quien dice, desde el techo hasta su fondo... y el asesinato de un tipo llamado Peter Richarson.

Me volví entonces hacia Foster y le llamé.

—Sí, teniente.

—Investigue todo lo que pueda sobre ese tipo de ahí. Me refiero al muerto —dije.

—Ya lo estamos haciendo.

—Correcto. Si me necesitan para algo, estaré en el precinto. Aquí mi presencia ya no es necesaria.

Regresé al coche y puse rumbo a donde había dicho.

Media hora más tarde me encontraba sentado tras la mesa de mi despacho mirando por entre sus cristales el personal policíaco que trabajaba, como quien dice, a mis órdenes.

Nunca supe cuánto tiempo estuve allí, ensimismado en mis propios pensamientos, observando el ir y venir de las muchachas pertenecientes a la policía femenina, y el de algunos hombres de la plantilla, hasta que el hilo de mis pensamientos lo rompió la voz del sargento Foster:

—Ya tenemos al hombre, teniente.

—¿Sí? —pregunté ladeando la cabeza para mirarle—. No me diga que encontró al asesino en menos de... pongamos un par de horas.

—No es eso. Me estoy refiriendo al muerto. Peter Richarson, de

veintiocho años de edad, casado, con domicilio en el número 598 de la Octava Avenida. Es director gerente de la Madison & Hermanos, en Wall Street. Respecto a los motivos que alguien tuviera para matarle, ni a quién le estaba telefoneando cuando lo hicieron, no sabemos aún nada.

—¿Con quién estaba casado?

—Con Kitia Jenkins. Por lo menos, ése es el nombre que consta en el listín de teléfonos.

Algo repiqueteó en mi interior, pero no hice comentario alguno. Me limité a ponerme en pie, tomé el sombrero del perchero, me lo encasqueté, luego la americana, y respondí yendo ya hacia la puerta:

—Investigaré eso personalmente, Foster. Usted quédese aquí, pendiente de ese teléfono.

No esperé respuesta, abandoné mi despacho, empecé a cruzar por entre las mesas hacia la puerta de salida, la abrí, para darme de manos a boca con Ruth.

—Teniente...

—Hola, Ruth —dije—, llegas un poco tarde. ¡Ah! No te alejes mucho del precinto por si te necesito.

Tampoco esperé respuesta de la muchacha; con un ademán de saludo pasé por su lado, fui al lugar donde tenía aparcado el coche, una vez en la calle, y sin usar la sirena empecé a conducir hacia la Octava Avenida.

No me gustaba lo que iba a hacer, pero no tenía más remedio. Alguien tenía que darle la noticia a la viuda antes de que la oyera por radio, el periódico o por cualquiera de los medios de difusión de Nueva York, y ese alguien era yo.

Por otra parte, si no estaba yo equivocado, el nombre de Kitia Jenkins me recordaba varias cosas.

Dejé de pensar tan pronto como detuve el coche frente al número 598 de la Octava Avenida.

Subí hasta el decimoquinto piso utilizando el ascensor. La tarea no me era agradable ni mucho menos, pero como había pensado ya antes, alguien debía darle a Kitia la noticia, y ese alguien, mal que me pesara, tenía que ser yo.

Miles de preguntas nacían en mi mente cuando me detuve

frente a la puerta de acceso a su apartamento, y miles también cuando tras una ligera vacilación elevé la mano derecha y hundi el pulgar en el botón del zumbador.

Transcurrieron unos segundos de espera, muy pocos, y finalmente oí el ruido de los cerrojos al quitarlos ella. No obstante, tenía la cadena de seguridad puesta, por lo que la puerta sólo se abrió lo indispensable para que pudiera verme.

Le mostré la placa.

—Teniente Jim Baxter, del Manhattan Oeste, mistress Richarson —dije—. De Homicidios. Tengo que hablar con usted.

—Sé quién es usted, teniente —me respondió—. Perdone un momento.

Cerró la puerta sin esperar mi contestación y aguardé unos minutos, hasta que poco después me abrió la puerta.

Kitia Richarson había cambiado muy poco en aquel par de años. Esto fue en lo primero que pensé mientras me conducía a través del apartamento hasta el bien amueblado y elegante living-room.

—Siéntese, teniente, por favor —dijo.

Y noté que su voz era levemente ronca.

Obedecí sin dejar de pensar, sin dejar de mirarla. Era muy hermosa; tan hermosa como exótica. India, naturalmente. De pelo largo, negro como la endrina, que le caía casi hasta media espalda. Tres años atrás había dejado la reserva de Nuevo México para venir, como tantas otras, a la ciudad. Y así, de un lado para otro, alcanzó Nueva York. El resto era tan bronco como lo era su propia raza.

Se había puesto sobre su cuerpo una bata de nylon, que apenas si ocultaba nada, abierta por el centro, y sujeta a la cintura por un cinturón también de nylon, que ella había anudado de cualquier modo. En líneas generales, era toda una belleza india; una belleza piel roja por la cual cualquier hombre perdería la cabeza.

—Ha venido por lo de Peter, ¿verdad, teniente?

Sus palabras casi me sobresaltaron, por lo inesperadas.

—¿Cómo lo ha sabido, mistress...?

—Llámeme Kitia —repuso ella, interrumpiéndome—. En cuanto a lo del pobre Peter, hace media hora oí un boletín de noticias de la policía —se puso en pie, pues se hallaba sentada frente a mí, y me

interrumpió con un gesto para que no me moviera del sillón en que me sentaba, y se acercó entonces al pequeño bar instalado en uno de los rincones del living-room. Continuó hablando moviendo los vasos y las botellas, siempre vuelta de espalda a mí—: No tengo idea de quién y por qué lo hizo o lo hicieron, teniente —hizo una pausa y continuó—: ¿Sabe cómo conocí a Peter? Sí, claro, es posible que lo sepa. Usted tiene que saberlo —no dije nada pues llevaba ella la razón—. En un bar, cuando yo no era nada más que basura, y me trajo aquí. Noches enteras sé pasó tapando mi boca y atándome a la cama cuando me daban los ataques. Así mes tras mes, y más tarde me convirtió en su esposa. Esto no se puede olvidar. No le amaba, por lo menos eso es lo que creo, pero aprendí a respetarle. Era... todo un hombre, teniente. Nadie que no sea todo un hombre, hace lo que él hizo por una mujer, por una cualquiera como era yo —se volvió llevando entre las manos dos vasos de whisky con hielo y caminó hacia mí y prosiguió, cuando ya me estaba dando uno de los vasos—: Le respetaba y le respeto aún, ahora que ha muerto —miró a su alrededor—. Ahora todo está vacío, se me cae la casa encima y yo... yo... creo que voy a tener que salir de nuevo.

—¿Hasta ponerse en «órbita», Kitia?

—Es una posibilidad que no descarto, teniente —bebió un poco sin dejar de mirarme—. Peter me lo dio todo; dinero, joyas, vestidos, amor, y sobre todo, me hizo comprender cómo debía respetarme a mí misma y ahora..., ahora... ¿Quiere decirme qué es lo que queda, teniente?

Me puse en pie y prendí una de sus manos extendiendo su brazo ante mis ojos que examiné atentamente. Y fue ella la que habló, antes de que yo pudiera decir nada:

—Esas marcas en mis venas no desaparecerán nunca, teniente Baxter. Persistirán hasta mi muerte. Es como un sello de drogadicta.

Solté su mano diciendo:

—A lo que no debe volver, Kitia. A él, a míster Richarson, no le gustaría.

El rostro bello y exótico que tenía delante se nubló.

—Sí, es lo que supongo —me respondió—, pero como le dije antes, la casa, sin Peter, se me cae encima y... y... voy a salir esta

noche. Quizá salga otras noches también. No lo sé.

—Usted es ahora una dama —respondí—. Superó su crisis. No vuelva a las andadas. No lo haga.

—Es, como también le dije antes, una posibilidad que no descarto. ¿Algo más?

—Sí —contesté—. Unas preguntas respecto a su marido, y perdone si me muestro un tanto... ¿Cómo diría yo?

—¿Fuera de «órbita»?

—Sí, creo que puedo definirlo de ese modo.

—Bien, teniente, le escucho. Venga la primera.

—¿Alguna otra mujer en la vida de su marido?

Me sonrió, y había tristeza en su sonrisa.

—No lo creo, teniente, pero eso nunca se sabe. Sólo puedo decirle que últimamente se encontraba un tanto preocupado. No deprimido, sino preocupado.

—¿Le dijo a usted, Kitia, a qué se debía su preocupación?

—No. Confieso que se lo pregunté, pero me dijo que eran figuraciones mías, y que no me preocupara por él, que no ocurría nada.

—¿Sabe de alguien que le odiara tanto como para...?

—No —me interrumpió.

—Últimamente, ¿sabe si no iban bien sus negocios en Wall Street?

—No lo sé. Quiero decir que él no me lo dijo, por lo que supongo que todo marchaba por los cauces de siempre.

Me puse en pie y me imitó.

—No la molestaré más por hoy —dije, yendo ya hacia la puerta—, aunque es muy posible que tenga que llamarla de nuevo... o venir a visitarla.

—Hágalo cuando quiera, teniente. Siempre será bien recibido en esta casa.

—En cuanto...

—Voy a salir, desde luego —se miró los brazos y continuó—: No puedo prometerle nada, ¿comprende? Sé que no debería hablar así a un representante de la ley, pero no cabe en mí el engaño ni para usted ni para nadie. Es todo lo que puedo decir.

No contesté.

Pero le hice una nueva pregunta tan pronto como abrió la puerta, por delante de mí, de acceso al pasillo, fuera ya de su apartamento:

—¿Cómo siendo india lleva el nombre...?

Me interrumpió con un gesto.

—Eso es cosa de los blancos —dijo—. Ellos llegan a la reserva, te preguntan por tu nombre indio, se ríen diciendo que no saben pronunciarlo y..., y... bueno, te ponen otro, y ése es el que llevas siempre en todos tus papeles. Así son las cosas, teniente.

No respondí, y abandoné su apartamento.

CAPÍTULO II

ME detuve en la primera cabina telefónica y disqué.

—Precinto de policía del Manhattan...

—Soy el teniente Baxter, Foster —le interrumpí.

—Hola, teniente; ¿algo nuevo?

—Muy poco —respondí—, pero para empezar puede ser suficiente. Se trata de mistress Kitia Richarson; la mujer del muerto —di algunos detalles complementarios y terminé diciendo—: Mande a uno de nuestros hombres o bien ve tú mismo, y seguirla. No admito fracasos. ¡Ah!, turnaros periódicamente. No deseo que ella se dé cuenta de que es seguida, ni tampoco el contacto que establezca, si es que establece alguno.

—¿Piensa que ella vuelva al antiguo camino, teniente?

—Es una posibilidad que no tenemos que descartar —respondí—. Y conste que estoy repitiendo las mismas palabras que ella me dijo no hace muchos minutos. Y ahora dese prisa, Foster. Yo voy directamente al precinto. Si ocurre algo, avíseme allí.

Corté la comunicación y continué conduciendo lentamente, pensando que quedaba muy poco para que las primeras sombras de la noche cayeran sobre Nueva York; pensando también que Kitia Richarson podía haberme dicho la verdad, toda la verdad, o simplemente una parte de la verdad. No obstante la creía ciegamente cuando afirmó que ahora, sin Peter Richarson allí, en su casa, sus muros se derrumbaban sobre ella.

Dejé el coche poco más tarde en la playa de estacionamiento del precinto, entré saludando a una pareja de policías de uniforme y me encaminé directamente a mi despacho, cruzando por los largos

y grises pasillos, del viejo edificio que nos servía de oficina, y algunas veces hasta de alojamiento a los de Homicidios.

No me gustaba nada de aquello. Míster Peter Richarson era casi un magnate, bien conocido en muchos centros importantes de la ciudad. Su mujer era o fue una drogadicta, pero nadie parecía ahora recordar aquello, aquel pasado en el cual, sólo un par de veces, tuve contactos profesionales con ella, y en ninguna de las dos quise detenerla. Su ficha no existía, ni en el precinto, ni tal vez en los de Represión del Vicio o en el Departamento Federal de Narcóticos. Por lo menos ésta era mi creencia.

Peter Richarson la había regenerado haciendo de ella una verdadera dama. Una mujer bella, elegante, culta, admirada en sociedad; admirada también en todas partes, y ahora, con su asesinato, las cosas parecían que iban a volver a sus mismos cauces y aquello no me gustaba.

Vi nada más entrar la pelirroja cabellera de Ruth, enfundada en su uniforme de policía, le hice un saludo con la mano, volví la espalda y penetré en la «guarida del lobo», como los muchachos llamaban a mi oficina particular, a mi despacho privado.

Tomé asiento en el sillón, detrás de la mesa, y me ensimismé en la contemplación de la pared. A mi alrededor, el ruido de las máquinas de escribir, de teletipo, de las conversaciones, formaban en el interior de mi mente una mezcolanza adormecedora.

No cerré los ojos.

Pensaba,

Sabía positivamente cuál tenía que ser mi paso siguiente; sabía, asimismo, que debí darlo inmediatamente después de que me comunicaran por radio lo ocurrido a Peter Richarson, pero estimé, dejándome guiar por el corazón, que antes, mucho antes, estaba Kitia, su mujer. En cuanto a mi primer paso, al que debió serlo, iba a quedar relegado a segundo o a tercer término.

Me puse en pie, abandoné el sillón, abrí la puerta de acceso al resto de las oficinas y desde allí, mediante una seña, llamé a Ruth. Tan pronto como la muchacha se levantó de la silla, regresé al lugar que ocupara hasta aquel momento, y esperé.

—Siéntate, Ruth —dije tan pronto como hubo entrado.

Lo hizo, sin dejar de mirarme.

—¿Preocupado?

—¿Qué te hace pensar en eso?

—Tu cara —repuso con una sonrisa—, y tus palabras de despedida. ¿Dónde entro yo en todo, esto?

—Aún no lo sé.

—Bueno... eso quiere decir que al no estar Foster, y como tienes necesidad de hablar, quieres hacerlo conmigo.

—Sí, así es. Respecto al asesinato del tipo ése; de Peter Richarson.

—Es un magnate, o algo así, de Wall Street, ¿no? Casado con una muchacha india, a la que sacó de los bares de Columbus Circle, cuando ella se «dopaba», la convirtió primero en su amante y en su mujer, luego. ¿Qué hay de ella?

—Fui a verla —dije.

—Lo sé. Pero ¿qué hay de ella?

—Quizá vuelva a las andadas.

—Y eso no te gusta, ¿verdad?

—No, no me gusta.

—¿Nada más?

—Muy poco más, si es que verdaderamente hay algo. La están vigilando, ¿sabes? —respondió haciendo una mueca de desagrado—. Quiero saber todos sus pasos, desde que se levanta hasta que se acuesta. Me llamarán si hay alguna anomalía.

—¿Eso es todo? —insistió ella una vez más.

—No —contesté mirándome en sus ojos—. Es... algo así como un presentimiento, como una corazonada, como si algo en mi interior me dijera que ella sabe del caso más, mucho más, de lo que me ha dicho a mí.

—¿Como por ejemplo?

—Te he dicho que no lo sé con seguridad —repliqué encogiendo los hombros—. Puede que en mi fuero interno esté convencido de que Kitia puede señalar con el dedo al asesino de su marido.

—¡Jim!

—Puede darse el caso, ¿verdad? Ella desea salir bajo el pretexto de que la casa se le cae encima, lo que puede no ser cierto. Él, Richarson, pudo estar mezclado en algo oscuro que no sabemos y ella, su mujer, tal vez esté enterada de lo que se trataba y quiera

ahora tomarse la justicia por su mano. No olvides, Ruth, preciosa, que conoce el hampa neoyorquina tal vez mucho mejor que nosotros. Por otra parte puede que nos haya dicho la verdad y que yo sea el policía más estúpido de Nueva York. La verdad es que...

El timbre del teléfono me interrumpió, por lo que tomé el auricular y lo pegué a mi oído.

—Teniente Baxter —dije.

—Soy Foster, teniente. La chica acaba de salir. Ha tomado un taxi y rueda ahora en dirección a Broadway.

—No la pierdas de vista —respondí. Hice a continuación un ligero cálculo mental y añadí—: Vuelve a telefonar dentro de media hora, y hazlo al teléfono de mi coche. No antes, ¿comprendes?

—Correcto, teniente —me respondió—. Así lo haré.

Corté la comunicación, deposité el auricular sobre su soporte y miré a Ruth.

—Vamos a trabajar —dije.

—¿En el caso de Kitia...?

—Así es, pequeña —la interrumpí.

—¿Sí...? ¿Y qué debo hacer?

—Quitarte el uniforme y ponerte una falda de esas *midi* o larga hasta los pies, según prefieras. Ya sé que tienes unas piernas preciosas pero hoy por hoy, o por lo menos hasta que termine esto, no vas a poder enseñarlas. Por lo menos no demasiado.

—Tendré que ir a mi apartamento para cambiarme.

—Te acompañaré, pero antes, espera aquí unos minutos. Volveré enseguida.

No me contestó por lo que me puse en pie, rodeé la mesa a la inversa y abandoné mi despacho.

Al regresar de nuevo a su lado, al cabo de unos cuantos minutos, sólo dije:

—Vámonos, muchacha.

Se puso en pie y salimos.

Media hora más tarde, entre las luces multicolores de los anuncios luminosos, las del alumbrado público, el intenso tráfico de aquella hora, llegamos a su apartamento, sito en el número 980 de la Calle Cincuenta y Dos.

Subimos sin pronunciar palabra, hasta el piso quinceavo, y ella, por delante de mí, abrió la puerta.

—Vamos, pasa —dijo rompiendo el silencio que nos envolvía desde que salimos del precinto de policía—, estás en tu casa.

Se apartó a un lado y crucé el umbral. La seguí luego, hacia el interior, en dirección al living-room, amueblado en forma sobria y elegante, donde Ruth me indicó el bar que tenía instalado en uno de los extremos.

—Toma algo mientras me cambio de ropa —continuó hablando—. Luego, espero que me digas de una vez dónde entro yo en todo esto.

Hice un gesto de asentimiento, fui en dirección al bar mientras ella tomaba la de su dormitorio; me preparé un whisky, tomé asiento en uno de los sillones, y me dispuse a esperar.

Mediaba el licor que contenía el vaso cuando ella apareció, con el rojo pelo brillando de puro limpio, recién cepillado. Había cambiado, como quedamos, de atuendo. Llevaba una falda, de las llamadas *midi*, medias color carne y zapatos de alto tacón, cerrados. De éstos llamados de «salón», y una blusa sin mangas, mostrando por el escote el nacimiento del firme y redondo pecho.

—Bien, teniente —dijo deteniéndose frente a mí—, espero que esta ropa sea de tu agrado. ¿No me invitas a beber algo?

Me puse en pie, llevando la mano al bolsillo derecho de mi americana.

—Lo haré fuera, en cualquier bar, si tenemos tiempo para ello —le mostré lo que había sacado de mi bolsillo y pregunté—: Sabes lo que es esto, ¿verdad?

—Un micrófono o un transmisor —repuso Ruth.

—Lo segundo, preciosa —dije—. Quiero que te lo pongas en la pierna, sujeto al elástico de las medias con una tira de esparadrapo. Este nos dará una señal a los que estemos detrás de ti, de forma que siempre sabremos dónde te encuentras y qué es lo que hablas, y lo que los demás hablan contigo.

—¿Sí...? ¿Y dónde vas a enviarme?

—El caso es, pequeña —dije—, que aún no lo sé. No con seguridad. Vamos, te ayudaré.

Ruth puso una pierna sobre el sillón, levantándose la falda y

coloqué, ayudado por ella, un poco más arriba de medio muslo, el transmisor de radio; algo no más grande que el botón de un abrigo.

Al dejarse caer la falda me estaba mirando, su labios muy cerca de los míos, mostrándome los dientecillos pequeños e iguales en una sonrisa, y fue entonces cuando la besé por primera vez.

No dijo nada; tampoco correspondió, pero sí lo hizo tan pronto como luego nos encontramos en el interior del ascensor, camino de la planta baja:

—¿Sabes una cosa, teniente?, pues que tan pronto como me encuentre en el precinto de policía, voy a quejarme al inmediato superior tuyo, por tu forma de tratar en privado a un oficial de la policía femenina, cuando ésta se encuentra en acto de servicio.

—¿A quién te quejarás, entonces, si a éste mismo oficial de la policía le digo que me aburro mucho por las noches, y que ésta, en particular ésta, voy a aburrirme aún mucho más?

No contestó Ruth hasta que nos encontramos en el centro de la calle Cuarenta y Dos, entre la Séptima y la Octava Avenida, conduciendo yo, ahora hacia Columbus Circle, esperando una llamada telefónica; una llamada de Foster.

—Por lo visto quieres que te acompañe yo, ¿verdad?

—Me aburro por las noches.

—Eso ya me lo has dicho antes, teniente.

—Sí, y te lo repito ahora. ¿Cuál es tu respuesta?

—Exactamente la misma. Voy a quejarme de ti a tu inmediato superior.

Se reclinó contra el respaldo del asiento y cerró los ojos. A través del espejo retrovisor noté que su respiración era suave y que ahora, en aquella dejadez, aún me parecía más hermosa que lo que en realidad era.

No dije tampoco nada; no deseé romper con cualquier cosa la calma, la tranquilidad que parecía envolvernos en el interior del coche, pero mis proyectos se fueron al diablo casi al segundo siguiente de llegar a este punto de mis pensamientos, cuando el timbre del teléfono se puso a llamar insistentemente sobresaltándonos a los dos.

Tomé la bocina y respondí:

—Teniente Baxter de Homicidios al habla. Dígame...

—Soy Foster, teniente.

—¿Qué hay de la chica...?

—A eso iba. Está aquí, en el Cuba, con una «Coca-Cola» helada, en la barra del mostrador. No parece esperar a nadie, pero eso nunca se sabe.

—No te muevas de ahí, que voy para allá. Tan pronto como me veas entrar, abandona el bar y vete a dormir. Por esta noche tu trabajo ha terminado.

—Gracias, teniente. Aquí me encontrará.

Ruth me estaba mirando cuando deposité la bocina del teléfono sobre su soporte.

—Y yo —preguntó—, ¿qué debo hacer?

—Esperar en el coche unos cuantos minutos. Si yo no salgo en ese tiempo, entra tú y ve a la barra; toma allí lo que quieras, pero no pierdas de vista a Kitia, y síguela más tarde dondequiera que vaya. ¡Ah!, toma nota de cualquier contacto que pueda tener, ¿comprendes?

—¿Algo más?

—No —repliqué—; por el momento, no.

Callamos ahora.

CAPÍTULO III

HABÍA muchos bares en Columbus Circle; quizá más de los necesarios, pero no era yo, precisamente, el llamado a tomar una medida contra aquello, sino los de la Represión del Vicio, o en su defecto el Gobierno de Washington.

A mi lado, observando la calle, la gran arteria neoyorquina a través de la ventanilla, Ruth seguía guardando silencio. En su muslo derecho, sujeto al elástico, el micrófono a la vez que pequeño transmisor de radio, permanecía también mudo. Le lancé una fugaz mirada; Ruth permanecía tranquila, la respiración seguía siendo suave, sin altibajos.

No me gustaba poner como carnada a una mujer policía, en ningún asunto que representara peligro, pero en aquél no tenía más remedio que hacerlo si no quería perder la pista a Kitia Richarson. El ambiente en que la vida de Kitia se había desenvuelto antes de casarse con Peter Richarson, no era agradable ni mucho menos, y ahora, según los movimientos de la muchacha india, todo parecía volver a sus cauces, y yo no lo deseaba; no, si podía evitarlo. Ruth, con sus aires de vampiresa, los cuales sabía fingir a la perfección, entraría en todos los lugares que la otra entrara, sin llamar la atención. El único peligro estaba en los hombres, en la gente que frecuentaban aquellos bares, en los pequeños vendedores de droga; en todos los habitantes de aquel corrompido mundo que formaba el hampa de Nueva York, y al que iba de cabeza, por definirlo de cualquier modo, Kitia, luego de la muerte de su marido.

Era; como ya le dije a Ruth, como si ella supiera o sospechara de dónde había partido la agresión contra su marido; la bala que le

quitó la vida en aquella cabina telefónica.

—Estamos llegando, Ruth —dije bruscamente, cortando del mismo modo el hilo de mis pensamientos.

Se sobresaltó un poco apartando los ojos de la ventanilla para mirarme a continuación.

Detuve el coche frente a la puerta del bar, sin que ella dijera nada. Foster no se encontraba dentro sino en el exterior, en la acera, al parecer interesado en el tráfico de la calle, y capté de inmediato la seña que me hizo.

Asentí, y volví los ojos a Ruth.

—Sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

—¿Me crees tonta, teniente?

—No es eso, Ruth.

—Sí, lo sé —me dedicó una sonrisa—. Diles que no se alejen mucho de mí, Jim.

—¿Nerviosa?

—No. Sé desenvolverse sola en este ambiente y tú lo sabes.

Era cierto por lo que no tuve nada que objetar.

—Buena suerte —fue lo que dije un segundo después de besarla en los labios, beso que ahora sí devolvió—. Estaremos en contacto.

Abandoné el coche, y al pisar la acera, ella dijo a través de la ventanilla:

—Me reuniré contigo tan pronto como termine con Kitia Richarson.

Sin responder, sin volver la cabeza, crucé la acera y me detuve junto a Foster.

—¿Dónde está?

—Dentro, en la barra, ahora con un whisky. Es el segundo.

—¿Algún contacto?

—No, pero al parecer la han reconocido de cuando ella vagabundeaba por estos bares y por estas calles. Se le acercó uno de ellos, un tipo de color, hablaron durante unos segundos y él le dio a ella un pequeño envoltorio que Kitia guardó en el bolso un tanto precipitadamente. No quise intervenir, teniente; por lo menos sin una orden concreta.

—Has hecho bien, Foster —dije—, a partir de ahora, voy a seguir yo mismo el caso.

—¿Algo más?

—No, vete a dormir, y mañana por la mañana trata de ponerte en contacto con la firma de la cual míster Richarson era parte integrante.

Se alejó, di media vuelta y sin mirar el coche que dejara estacionado frente a la puerta y en cuyo interior aguardaba Ruth, empujé la acristalada puerta del bar y entré.

Luces rojas, bajas, parejas arrullándose en las mesas, la radiogramola desgranando las notas de un disco, también en tono bajo, un par de hombres en la larga barra, y Kitia, con vestido largo hasta los pies, frente a un alto vaso con whisky, encaramada en uno de los altos taburetes, casi dando cara a la puerta con lo que me vio apenas si di un par de pasos en el interior del local.

No cambió su expresión, y ni el brillo de sus ojos.

Su impasibilidad india se ponía de manifiesto una vez más frente a mí, pero sí fue la primera en romper el silencio tan pronto como me vi a su lado, con una pregunta:

—Hola, teniente —dijo—, ¿me estaba buscando?

Traté de sonreír, consiguiéndolo a medias.

—No. Esa es la verdad. Entré aquí por casualidad. ¿Cómo le va a usted?

—No muy bien, lo confieso. Esto... —señaló a su alrededor con un amplio ademán de su brazo extendido ahora frente a mis ojos—, ha cambiado bastante desde que el pobre Peter tropezó conmigo. Ahora... Bueno, teniente, aún no estoy decidida del todo. Quiero decir, que posiblemente entre en «órbita», tal vez esta misma noche, o quizá nunca. No lo sé. Oiga, ¿puede un polizonte pagar una bebida a una chica como yo, si este polizonte está de servicio?

—Cuando lo está, indudablemente no, pero yo no cuento ahora. Por lo tanto voy a invitarla, Kitia. Pero no «a una mujer como usted», sino a la amiga, a la dama que en todo momento tengo delante.

—¿Debo darle las gracias por el cumplido, teniente Baxter?

Y me miró arqueando una ceja.

No respondí, hice una seña al barman que se nos acercó, bebió ella el resto del licor, y a una petición mía le sirvieron otro whisky.

—Dígame una cosa, Kitia, en realidad —pregunté tan pronto

como el barman se apartó de nuestro lado—, ¿qué es lo que está buscando por aquí?

—En realidad, teniente —retrucó ella—, no lo sé. Quizá piense, aunque sin seguridad alguna, que por estas calles, por estos bares, puedo encontrar algo; tal vez un soplo, tal vez alguien se digne decirme mediante un precio el nombre del hombre que alquiló a un *killer* para que asesinara a mi marido. Y si es así, voy a conseguirlo. No me importa lo que tenga que hacer, teniente. Incluso usar de nuevo la jeringuilla si eso representa luego algo positivo para mí. Y si logro eso, voy a matarle antes de que usted y los de Homicidios den con él. Téngalo en cuenta.

—Eso la colocaría fuera de la ley, Kitia, y yo mismo tendría que ordenar su captura, y no me gustaría.

Me miró, y pude ver claramente que había ternura en sus ojos, en sangriento contraste con las palabras que pronunció a continuación.

—Sé que lo haría, teniente, pero también sé que eso no sería necesario, ¿comprende? Yo misma me entregaría a usted. Lo demás, muerto Peter, ¿cree usted que puede importarme algo?

Sin contestar a su pregunta formulé otra:

—¿Quiere beberse eso y luego acompañarme?

—¿Adónde va a llevarme, teniente? ¿A mi casa?

—Sí, así es. Peter Richarson, si la viera ahora, se sentiría muy disgustado, Kitia.

—Yo no aseguraría eso, teniente. Por otra parte no voy a ir allí en toda esta noche, y tal vez en algunas más. Estoy esperando un contacto, ¿entiende? Y si me ve con uno de la «bofia» a mi lado, creo que no se acercará a mí ni mucho menos.

No dije nada; era inútil insistir y por lo tanto no lo hice. Me limité a abandonar el taburete que había a su lado, me incliné un poco saludándola, y sólo dije un segundo antes de volverle la espalda para encaminarme luego hacia la salida:

—Tenga cuidado, Kitia, y suerte.

Palabras que parecían ser un contraste pero que no obstante no lo eran. No me contestó por lo que seguí andando en dirección a la puerta; me crucé con Ruth que entraba, camino de la barra, y salí a la calle sin que ambos nos hubiéramos mirado ni por equivocación.

Me acerqué al coche luego de mirar a ambos lados de la calle, abrí la portezuela y me situé frente al volante.

Había en el asiento contiguo una nota de Ruth.

«No te alejes mucho, teniente», decía, «no olvides que el transmisor sólo alcanza unos cuatrocientos metros. No olvides, tampoco, que necesitaré tu ayuda para quitármelo.»

Rompí la nota en mil pedazos y puse el coche en marcha.

Esperé, luego de detenerlo un par de manzanas más abajo y puse en marcha el transmisor.

Se oía el rumor de las conversaciones, el tintineo de algunos vasos, pero ni una sola palabra clara, lo que me decía que Ruth continuaba en la barra sin trabar conversación con nadie. Los segundos primero y los minutos más tarde transcurrieron largos y pesados hasta que de un modo repentino oí la voz de Ruth, diáfana y clara, como el cristal.

—Kitia ha tenido un contacto, teniente. Un tipo se acercó a ella y mantuvieron una conversación en tono bajo. No pude entender nada, pero ella escribió algo en un papel. Tal vez unas señas. Ahora la estoy siguiendo hacia la puerta de la calle. Mantente en contacto, por favor.

Mudé el mando del transmisor; una pequeña luz roja que se enciende, que se apaga, y el pitido de la señal, cada vez más débil, que me indicaba que Ruth empezaba a alejarse, posiblemente en un taxi, velozmente, en dirección opuesta adonde me encontraba en aquel instante.

Puse el automóvil en marcha y empecé a seguirla.

Sola, ahora, hasta mis oídos, el runruneo de un motor, el ruido de unas cubiertas al rozar suavemente sobre el asfalto y el de la señal que se intensificaba por momentos.

Iba en buen camino.

Nunca supe por cuánto tiempo, hasta que repentinamente la voz de Ruth rompió todas aquellas sensaciones:

—Kitia ha detenido el coche frente al número 259, y está saliendo de él —hubo una pausa de segundos y de nuevo oí su voz, cuando continuó diciendo—: Ha entrado en el edificio. Voy a tratar de seguirla al interior para averiguar en qué apartamento entra. Luego esperaré fuera.

Continué conduciendo, ahora despacio, por la Calle 53 Oeste, hasta quedar casi a la altura del número indicado por Ruth, y lo detuve junto al bordillo de la acera.

Aguardé, con los ojos fijos en la puerta. A mi alrededor, los coches pasaban veloces y los peatones, cada vez más escasos debido a la hora, también apresuraban el paso. Dentro de poco las aceras se quedarían prácticamente vacías. En cualquier lugar de Nueva York, alguien planeaba un crimen en la sombra, un atraco..., alguien también, en la noche, en las sombras, recibía un alijo de droga, de cualquier clase de droga, y más tarde, muchachas como Kitia...

Interrumpí el hilo de mis pensamientos cuando vi a Ruth aparecer en el portal de la casa, edificada ex profeso para apartamentos, y di el arranque.

Hice una seña más tarde, cuando detuve el coche a su altura, y la muchacha tras lanzar una fugaz mirada a su alrededor, subió, y lo despegué del bordillo de la acera para detenerlo una vez más, a media cuadra de distancia.

—Apartamento 58-B —dijo ella mirándome a los ojos—. Lo ocupa una tal Marga Owen, Jim. Tal vez una chica que se droga o algo...

La interrumpí con un gesto.

—Si es la que yo me figuro, desde luego tiene prontuario policíaco, Ruth —tomé el teléfono y llamé a la central—. Escuche, sargento —proseguí tan pronto como tuve comunicación con él—, soy el teniente Baxter. Quiero a un hombre frente a la puerta del número 259 de la Calle 53 Oeste. Aguardo aquí. No se demore, por favor.

Corté la comunicación y miré a Ruth.

—Creí que ibas a dejarme de vigilancia durante toda la noche.

Le di un cigarrillo antes sin contestar, y esperamos ambos fumando, en silencio, pero con los ojos fijos en el portal donde minutos antes entrara Kitia Richarson.

Fueron diez los que transcurrieron antes de que un patrullero se detuviera detrás de nosotros. Unos instantes después tenía ante la ventanilla de mi coche a uno de nuestros agentes de paisano.

—Hola, Buck —dije con una sonrisa—, lamento tener que hacer

esto contigo esta noche, pero no quiero que pierdas de vista aquella puerta por nada del mundo. Mañana, a primera hora, si es que la muchacha no ha salido antes, te enviaré un relevo. Ahora bien, si sale, síguela a donde quiera que vaya —le di una fotografía de Kitia y continué dándole instrucciones—. Si has de seguirla, ponte en contacto inmediatamente conmigo, pero no lo hagas hasta saber dónde ha ido. Estaré en mi apartamento o en el precinto.

—¿Alguna otra cosa, teniente?

—Nada más, y gracias.

Una vez más, aquella noche, puse el coche en marcha.

—Te acompañaré a tu casa, Ruth —dije.

Se reclinó contra el respaldo del asiento, cerró los ojos y susurró:

—Gracias, Jim, por un momento temí que ibas a hacerme tomar un nuevo taxi y con lo que paga el Departamento...

No contesté.

Pensaba de nuevo en la muerte de Peter Richardson.

Calle 49, número 898.

Acerqué una vez más el coche al bordillo de la acera y lo detuve; me volví a mirarla. Los ojos de Ruth eran tan impasibles como su rostro.

—Buenas noches, muchacha —dije—. Y gracias por el servicio prestado.

Sonrió.

—Sube conmigo, Jim —contestó luego—, tomaremos una copa juntos.

Abrí la portezuela sin responder, la mantuve de éste modo hasta que ella hubo descendido y ambos penetramos en el interior del edificio camino del ascensor.

Sólo rompimos el silencio al entrar en su apartamento.

—Toma asiento mientras te preparo una copa, Jim.

Lo hice, calladamente, en el mismo sillón en el que me sentara con anterioridad, y esperé, mientras ella empezaba su lucha con la cristalería. Vino después a mi lado, me dio uno de los dos vasos y se sentó frente a mí.

—Ese micrófono —empecé, y sus ojos se regocijaron—, tiene ahora bastantes posibilidades.

—Las tiene todas, Jim, pero vas a tener que esperarte un poco.

—No voy a esperar nada, Ruth, pues tan pronto como termine de beber este whisky...

—¿Qué harás? ¿Tratar de quitármelo?

—Nada de eso, querida —respondí—. Daré media vuelta y me iré a dormir.

—Creo que escogiste una profesión equivocada, querido.

—¿Por qué?

—Tú eres el policía y no yo.

CAPÍTULO IV

Oí el zumbido del teléfono del coche cuando ya casi mediaba el camino que me separaba de Wall Street de la casa de Ruth, y tomé el auricular.

—Teniente Bax...

—Soy Buck, teniente —me interrumpió—. Perdí a la chica.

—Explíqueme eso —dije—, ¿Cómo fue?

—Bueno, creo que se dio cuenta de que la seguía, y me dio esquinazo en la Quinta Avenida. Salió esta mañana bastante temprano de la casa de Marga Owen, tomó un taxi, y la estuve siguiendo durante una media hora. Dejó el taxi, como dije, en la Quinta Avenida, y entró en un establecimiento de prendas interiores de señora. Esperé por espacio de más de veinte minutos y entré luego. No estaba allí; tampoco en los lavabos de señoras. Unos minutos más tarde supe que tenía puerta posterior.

Me abstuve de maldecir, y respondí calmamente aunque confieso que me costó un inmenso esfuerzo hacerlo.

—Vuelve a la puerta de Marga Owen y estacionate allí por si regresa. Te enviaré un relevo tan pronto pueda —corté la comunicación sin esperar respuesta y pedí a la operadora de la policía que me pusiera con el apartamento de Kitia, pero ella no estaba allí. Entonces hablé con Foster—: Manda a alguien —dije—, que releve a Buck —di la dirección y proseguí—: Quiero también a otro policía en la casa de Kitia Richardson. No hay que detenerla, ¿comprendes? Sólo que se la vigile con discreción, y a ser posible, sin que ella se dé cuenta. Con un fracaso ya hay bastante por ahora.

No esperé a que me contestara; me limité a cortar la

comunicación y a continuar conduciendo.

Una vez en la sede de la Madison & Hermanos, en Wall Street, me hice anunciar al portero uniformado que estaba junto al mostrador de recepción, mostrándole la placa sin preámbulo alguno.

—Busco a Mike Sheldon —dije—. Hágame anunciar.

Hizo una mueca, tomó uno de los teléfonos interiores, llamó a no sé dónde, y se volvió a continuación hacia mí.

—Suba en el ascensor en cuya puerta encontrará el letrero de privado. Miss O'Connor le estará esperando.

Di las gracias y seguí sus indicaciones hasta el ascensor.

Un par de minutos más tarde, ya en el piso décimo, las puertas correderas se abrieron frente a mí, y abandoné el armatoste mecánico. Apenas si lo hube hecho la vi. Alta, bien formada, y muy joven. Minifalda y blusa sin mangas, mostrando al descubierto el nacimiento de los senos, y con una mecánica sonrisa en los labios.

—Usted debe ser el teniente Baxter, ¿verdad?

—Sí, así.

—Venga conmigo, por favor, míster Sheldon le está esperando.

Fui tras sus pasos, por el largo y lujoso pasillo, hasta la puerta situada al fondo, y me detuve cuando lo hizo ella.

—Espere un momento, por favor —dijo, un segundo antes de golpear la madera de la puerta con los nudillos de la mano.

Entró al ser autorizada, cerró delante de mí, y esperé.

Un escaso minuto más tarde me indicaba, señalando el interior de la habitación:

—Pase, teniente, por favor; míster Sheldon le recibirá ahora mismo.

Crucé el umbral dándole las gracias por segunda vez.

De unos treinta y cinco a cuarenta años, Mike Sheldon era todo un tipo de hombre; alto, fuerte, atlético, con mas aspecto de un campeón olímpico que del de un director de empresa.

Se puso en pie al verme, abandonando el sillón en que se sentaba para a continuación rodear la mesa y salir a mi encuentro, llevando la mano extendida hacia mí, que estreché.

—Celebro conocerle, teniente —afirmó—. Siéntese, por favor.

Y me señaló uno de los tres sillones de cuero repujado y negro

que había allí.

Lo hice, murmurando «gracias», y esperé a que él me imitara en el contiguo.

—Supongo —empezó él—, que viene a hacerme preguntas con respecto al pobre Peter, ¿verdad? Leí lo ocurrido en los diarios y... Bueno, no sé cómo diablos le pudo ocurrir una cosa como ésa, teniente. Según mi opinión, Peter no tenía enemigo alguno.

—¿Ni por causa de su mujer?

—¿Kitia? Nada de eso, teniente. Ella es..., es... una mujer admirable. Una verdadera dama si me entiende usted.

—¿La conoce?

Sonrió.

—Necesariamente tengo que conocerla, ¿no? Piense, teniente, que nos movemos en el mismo círculo.

Y pensé que él, sin yo preguntarle, había contestado a todas las preguntas que yo pudiese formularle, por lo que hice otra diametralmente opuesta a lo que él pudiese esperar:

—Dígame, míster Sheldon, ¿había alguna otra mujer en la vida de Richarson, además de su mujer?

Me miró arqueando una ceja.

—Es muy posible —afirmó luego despaciosamente—, pero eso, como es natural, no puedo afirmarlo. Era un hombre que gustaba a las mujeres; por lo menos a las que se mueven en nuestro círculo en Wall Street, teniente.

—¿Alguna en particular?

—Si era así, Peter se llevó el secreto a la tumba.

Pensé que de seguir interrogándole, mi próxima pregunta, podía poner en un brete a la propia Kitia, pero aun así, lo hice, pero dando un rodeo:

—¿Cuál era su conducta dentro de la empresa, míster Sheldon?

—¿Alguna razón para hacerme esa pregunta?

—Sí, es muy posible. Le mataron en una cabina telefónica, en un distrito en el que abundan los pequeños vendedores de droga —respondí—. Heroína entre otras. ¿Sabe si míster Richarson...?

—¿Él...? —me interrumpió comprendiendo al instante mi pregunta—. Nada de eso, teniente. ¿Drogas...? ¿Qué le impulsa a creer en algo así?

—Confieso que no lo sé —y me puse en pie viendo cómo él se sorprendía—. Gracias por todo. ¡Ah!, aún no ha contestado a mi pregunta.

—¿Su pregunta, teniente?

—Sí —respondí—. Aún no me ha dicho cuál era la conducta de míster Richarson dentro de la empresa.

—Inmejorable —me respondió escuetamente.

Caminé hacia la puerta llevándole detrás.

—Dígame, míster Sheldon —indagué de nuevo, y ya junto a la salida—, siendo el director gerente, siendo también una persona de absoluta confianza dentro de la empresa, ¿por qué le mataron? Quiero decir...

—Estoy tratando de saberlo o de averiguarlo —me interrumpió—. Desde que leí la noticia de su asesinato, he hecho entre el personal infinidad de preguntas, a las cuales no he tenido ni la más ligera respuesta.

—¿Dígame una de ellas? —pedí—. ¿Qué pregunta o preguntas les formuló?

—Si alguien sabía algo íntimo de él, que no supiéramos en la dirección.

—¿Y cuál fue la respuesta? —indagué.

—La que usted puede suponer, teniente. Peter era completamente reservado en lo concerniente a sus asuntos privados —hizo una pausa y prosiguió—: Aunque no me crea, teniente, a mí también me llamó la atención que le mataran precisamente en esa calle, y junto a una cabina telefónica. El cronista dice en el periódico que al parecer estaba hablando con una persona cuando le mataron, o por lo menos intentándolo.

—Sí, así fue —dije, y pregunté a continuación—: ¿Qué relaciones le unían a usted y al personal directivo, míster Sheldon?

Volvió a sonreír.

—Cordiales en extremo, teniente.

Abrí la puerta, preguntándome *inmente* si debía o no averiguar por mediación suya dónde se encontraba la noche de autos, pero no lo hice. Tenía tiempo más que sobrado para un nuevo interrogatorio.

—Gracias —fue lo que dije, empezando a cruzar el umbral.

—Lamento no haberle podido ayudar, teniente.

—Hizo lo que pudo —respondí, volviéndole la espalda, ya caminando hacia el ascensor.

Empecé a conducir unos minutos más tarde hacia donde Marga Owen tenía su apartamento; detuve el coche detrás del automóvil de la policía, aunque éste no llevaba distintivo alguno y me acerqué, notando ya, a través de su ventanilla lateral izquierda, los ojos grises y; fríos de Joel Donovan fijos en los míos.

—Está dentro, teniente —dijo apenas verme—, y no ha recibido visitas desde que yo me encuentro aquí.

—Gracias, Joel —especifiqué dando media vuelta—. No se mueva de aquí por si le necesito.

No me contestó, y continué andando, entré luego en el portal y subí hasta el apartamento utilizando el ascensor, y a cuya puerta llamé empleando el botón del zumbador.

Me abrió ella misma.

Rubia oxigenada, pestañas del mismo color, postizas, y llevando por toda prenda una combinación de nylon que le llegaba a medio muslo.

Empujé la puerta hacia dentro, sin miramiento alguno, cuando hizo ademán de cerrarla frente a mi cara, y crucé el umbral cerrándola a continuación a mi espalda.

—Oiga, ¿pero qué se ha...?

Corrió hacia el teléfono, dejó que levantara el auricular y dije:

—Teniente Baxter del Manhattan Oeste. Homicidios, muchacha.

Se petrificó y luego, lentamente, lanzó una mirada a su alrededor y noté que sus ojos descansaban un poco en la cómoda que había adosada a la pared.

—¿Trae orden de cateo, teniente?

Me permití una sonrisa.

—Escucha, pequeña, voy a registrar eso, con o sin orden, ¿comprendes? Luego, si quieres, puedes quejarte al Departamento. Vamos, siéntate, que hablaremos dentro de unos minutos.

—¿Va a acusarme de algo?

—Eso dependerá de ti, Marga —respondí; y ella abrió mucho los ojos. Tal vez se preguntaba de que conocía yo su nombre—; pero por lo pronto sólo lo haré de una cosa, heroína, ¿comprendes? —la

miré añadiendo—. Ahora estás en «órbita», y si mucho me apuras, no tardaré en encontrar la aguja, ¿verdad? Venga, siéntate.

Se me vino encima por toda respuesta y sus manos, rematadas de uñas fuertes y cubiertas de laca roja se clavaron en mi camisa. Me la sacudí de encima de un manotazo que la hizo caer sobre el sillón, y fui entonces, hacia ella prendiéndola a mi vez por los hombros desnudos.

—Es mejor que te estés quieta, Marga —dije con voz fosca—, o acabarás en un lugar no muy agradable —sonreí—. No voy a denunciarte, muchacha. No, a menos que no lo desees tú.

La solté viendo que permanecía quieta, que no me decía nada, que había dejado de forcejear conmigo.

—Así está mejor —dije; y me senté frente a ella, preguntando a continuación—: ¿Quién fue la visita que tuviste anoche?

—Pocas noches paso sola, teniente —me contestó—. No me gusta, ¿comprende?

Armándome de paciencia contesté:

—Esa visita era una mujer. Dime ¿quién era?

Abrió unos ojos como platos.

—¿Una mujer...? ¿Qué mujer era ésa, teniente?

Me puse en pie y deliberadamente me acerqué a la cómoda, y sin dejar de mirarla, no menos deliberadamente, me apoyé en ella.

—Una mujer que te dejó algo, quizá a cambio de una información, Marga. No voy a preguntarte siquiera qué fue lo que te dio, pero en agradecimiento a que no lo haga, quiero que esa información me la pases a mí.

Se estaba retorciendo las manos cuando respondió:

—No vino ninguna mujer anoche ni otro día cualquiera, teniente. Ni siquiera un hombre, y a la pequeña Marga no le gusta pasar la noche sola. Me aburro. ¿Sabe?

Pensé que ya éramos, en Nueva York, dos las personas que nos aburríamos por la noche, y respondí:

—Sea como tú quieras, Marga.

Me volví repentinamente dándole la espalda, abrí uno de los cajones de la cómoda, luego el otro, y finalmente un tercero. Allí, entre sus prendas interiores de nylon, vi los pequeños envoltorios. Cinco en total, pequeños, casi diminutos, formando paquetitos de

idéntico tamaño.

Me volví llevándolos en la mano. Frente a mí, Marga no se movía, pero su respiración era más acelerada cada vez. Tampoco decía nada. Sólo sus manos cuyos dedos se estrujaban unos contra otros.

Guardé entonces cuatro de los envoltorios en el bolsillo de la americana y lentamente, sin pronunciar palabra, frente a sus ojos, desenvolví el quinto y el polvillo blanco quedó ante mis ojos. Siempre delante de ella, también con lentitud deliberada, mojé un dedo en el polvo y me lo llevé a la boca.

—Heroína —afirmé categóricamente—. Esto va a costarte unos cuantos años a la sombra, pequeña —me acerqué a la puerta y la abrí, diciendo—: Gracias por todo.

Al ir a cerrar a mi espalda, ocurrió entonces lo que estaba esperando que ocurriese.

—¡Espere, teniente!

Me detuve y me volví, pero no crucé de nuevo el umbral hacia el interior del apartamento.

—¿Sí...?

Seguían sus manos retorciéndose, y brillaba en sus ojos el miedo, la desesperación e incluso el odio hacia mí, al contestar:

—Pase, teniente, y cierre la puerta.

Lo hice, y esperé luego a que añadiera:

—Vino una mujer y me dejó eso para mí. Y no tuve que pagar por la «nieve» ni un sólo centavo.

—¿Qué te pidió a cambio?

—Quería contactos. Ella es drogadicta. Dijo..., dijo que venía de Las Vegas huyendo de los del Vicio y..., y... Bueno, un tal Joe Madigan me la envió. La conocía de antes, ¿entiende? Madigan es de color. Un tipo estupendo. Lástima que, como digo, sea de color, pero él tiene contactos en Nueva York. Muchos contactos, teniente. Joe le facilitó la droga a la chica y ella me la pasó a mí.

—¿A cambio de un contacto?

La vi vacilar e hice ademán de ir hacia la puerta; entonces respondió:

—Sí, así es. Y se lo di.

—¿Quién es...?

Palideció ahora como una muerta.

—Si se lo digo, teniente, y se enteran de que fui yo quien le di el soplo, me matarán.

—Y si no lo haces, Marga, me llevaré la «nieve» conmigo, y dentro de poco tendrás aquí a los de la Represión del Vicio. ¿Qué respondes ahora?

—¿Es... ése su trato?

—Sí, así es.

—¿Y..., y... puedo fiarme de usted, teniente?

—Algunas veces tenemos que fiarnos aun de las personas que más nos desagradan —sentenció.

Pareció ella sopesar mi respuesta, durante unos segundos, y por fin replicó:

—Está bien, teniente, el tipo en cuestión se llama Alex Buchanan y vive en la Madison Avenue, 987, octavo piso, apartamento 73. Allí envié a la chica.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Quién, la chica?

—Sí.

—Jeanne Parris, teniente. Por lo menos ése fue el nombre que me dio.

Metí la mano en el bolsillo de la americana, tomé los cinco envoltorios y los dejé sobre la cama, deshecha, sucia, como todo lo que había en el interior del apartamento, y seguidamente lo abandoné, dejándola sola, sumida en sus pensamientos que yo adivinaba que no serían nada agradables, y salí seguidamente a la calle.

CAPÍTULO V

NO me acerqué para nada al coche de Joel, pero sí le hice una seña para que continuara allí, vigilando el apartamento de Marga Owen, y entré en el mío para tomar seguidamente el auricular del teléfono.

Unos segundos más tarde, y antes de arrancar, estaba en contacto con el sargento Foster.

—Toma el camino de la Madison Avenue —dije—, y estacionate cerca de 987. El tipo en cuestión se llama Alex Buchanan. No hay por el momento fotografía, pero Kitia Richarson puede estar con él. Y eso es lo que quiero que hagas. Si la ves, en compañía de un hombre, salir de ese edificio, síguela, y procura que ahora no se nos escape.

—¿Dejamos sin vigilancia los otros lugares?

—Nada de eso, Foster. ¡Ah! Pon, si hace falta, a todo el Departamento tras ese nombre. Quiero saber, para antes de que yo llegue allí, y voy ahora mismo en esa dirección, si Alex Buchanan tiene prontuario. Si no es así, ponte en contacto con Washington. Tal vez los federales sepan algo.

Colgué sin esperar respuesta y despegué luego el coche del bordillo de la acera.

Había una actividad febril cuando llegué al precinto. Foster, como cosa lógica no estaba allí, pero si Ruth, que se puso en pie apenas verme.

—¿Alguna novedad, teniente? —preguntó.

Era, según juzgué por su expresión, como si la noche anterior no hubiera pasado nada entre los dos, y pensé que era mejor así, que si

ella no deseaba recordarlo, tampoco iba a hacer yo nada al respecto.

—No, nada —respondí—. Estamos como al principio, a no ser que Foster nos diga algo pronto.

Entré en mi despacho, seguido de Ruth, a la que indiqué tan pronto como me hube sentado detrás de la mesa:

—Y esos de ahí fuera, ¿han averiguado algo?

—¿Respecto a ese Buchanan?

—Sí.

—No, nada por el momento —respondió ella—. Hay cuatro hombres trabajando en eso, Jim, que te dirán algo tan pronto como terminen.

Consulté el reloj.

Casi mediodía; ella, como si adivinara cuál era mi pensamiento en aquel momento, preguntó:

—¿Quieres que te traiga un bocadillo?

Dije que sí, dio media vuelta y se alejó con su miniuniforme hacia el exterior. La vi cruzar seguidamente por entre las mesas, en las cuales trabajaban algunos de mis hombres, en cualquiera sabía qué, y luego alcanzar la puerta de salida.

Cerré los ojos.

Pensaba; y de mis meditaciones me sacó violentamente el timbre del teléfono que había sobre la mesa de mi despacho.

Era Foster.

—Encontré a la chica, teniente —fue su primer saludo—, y tomé una fotografía del hombre que la acompaña. Creo que es o debe ser Buchanan.

—Buen trabajo, Foster —elogié—. Ahora trata de no perderles de vista. Procura ponerte en contacto con Joel y Buck, diles dónde están, y turnaros alternativamente, en la persecución y vigilancia. Suerte, muchacho.

—Haré lo imposible por conseguirlo, teniente.

Terminaba de soltar el auricular, cuando Ruth dijo, presentándome el bocadillo, envuelto en un blanco papel de seda;

—Te traje también una lata de cerveza.

—¿Y para ti?

—No tengo hambre ahora —miró el teléfono y preguntó en

tanto yo tomaba el bocadillo y la cerveza, depositando ambas cosas sobre la mesa—. ¿Quién llamó? ¿Foster?

—Sí. Encontró a Kitia Richarson, con un sujeto. Al parecer se trata de Buchanan, pues ambos salían del edificio donde el segundo tiene su apartamento.

—¿Y...?

—Esperaré algo más, antes de intervenir, muchacha.

—¿Poniéndome otro radioreceptor?

—No, ni mucho menos —respondí—, y después me vería en la necesidad de quitártelo.

El timbre del teléfono nos interrumpió, tomé el auricular, y pregunté:

—Teniente Baxter al habla, ¿dígame?

—Foster, teniente. El tipo ese se encuentra ahora en el Manila, en la Calle 53 Oeste, con Kitia Richarson y un tipo de color. Creo que hay heroína de por medio, y voy a lamentarlo por la chica.

—Lo que quiere decir que ella está comprando droga, ¿no?

—Quizá sí... o tal vez sea que simplemente se la están pasando a ella para que la distribuya —hizo una pausa que no interrumpí, e indagó a continuación—: Me pregunto, teniente, si en realidad ella sabe quién y por qué mataron a su marido. ¿Qué cree usted de todo eso, teniente?

—Que tal vez tenga usted razón, pero aún es demasiado pronto para sacar conclusiones. ¿Qué hacen ahora?

—Siguen en la barra bebiendo y fumando, mientras hablan.

—No les pierdas de vista. Por lo menos no hasta que yo llegue. Es decir —me rectifiqué a mí mismo—, debo aún permanecer en el precinto un poco tiempo.

—¿Algo más?

—No, nada, y gracias.

Miré luego a Ruth.

La muchacha se había sentado frente a mí, y tenía un humeante cigarrillo en la mano, y al mirarla, me pregunté si lo de la noche anterior había sido todo un sueño, y si en verdad ella me amaba; y no supe qué contestarme, por lo que presté mi atención al bocadillo y a la lata de cerveza.

Casi la terminaba cuando apareció Benson, llevando unos

papeles en la mano.

—Ese tipo, Buchanan, teniente, no tiene prontuario en Nueva York. Me he puesto en contacto con Washington, y ahora nos toca esperar. ¿Qué hacemos?

—Váyase a comer, y luego tome la dirección del bar Manila, en la 53 Oeste, y releve a Foster. Él le dirá lo que tiene que hacer, hasta que me presente yo.

Se fue, y una vez más, Ruth y yo quedamos frente a frente.

—Siempre aposté por Kitia, Jim.

—¿Qué diablos...?

—Es cierto. Kitia Jenkins siempre fue una mujer que deseaste, pero se dio el caso que tu placa de policía, tuvo para ti más valor que ella y dejaste que se la llevara otro. Ahora, tú interés en este asunto, es más personal que otra cosa. Quieres atrapar al asesino de Peter Richarson, no por ser precisamente un asesino, sino para evitar que Kitia vuelva a caer en la depravación y la droga —hizo un ademán para interrumpirse, cuando se dio cuenta de que yo deseaba hacerlo, y añadió—: Cuando lo consigas, que lo conseguirás, ¿qué harás con esa muchacha, Jim?

Me miraba fijamente, entrecerrando los bellos ojos, esperando mi respuesta que fue, en definitiva, algo que ella no esperaba:

—Sabiéndolo, Ruth, estando segura de lo que dices, ¿por qué lo hiciste?

—Porque yo también te amo, teniente —dijo fríamente—. De no ser así, tú, anoche, no hubieras entrado en mi apartamento.

No respondí.

En aquel momento no deseaba pensar en las palabras de Ruth, y no deseándolo, atacué casi furiosamente el bocado y la lata de cerveza.

Cuando terminé con ambas cosas, Ruth se había ido dejándome solo.

Pasé el resto de la tarde, de un teléfono a otro, oyendo las informaciones de Joel, Buck y Benson, en sus informes sobre Kitia y Buchanan, que nada me dijeron, salvo lo que ya sabía de antemano; que la muchacha india se estaba moviendo por Manhattan, de un lado a otro, al parecer con ánimo de divertirse con alguna que otra compañía masculina, pero en el fondo llevando un plan

premeditado. Cuidadosamente meditado, que diría yo.

Unos minutos antes deirme llegó la foto que Foster hizo de la pareja Kitia-Buchanan, que revelaron los del Laboratorio, y estudié al hombre detenidamente antes de dar la orden de que fuese vigilado estrechamente las veinticuatro horas del día.

Ya camino de mi apartamento, con ánimo deirme a dormir, sin tratar de averiguar dónde había ido Ruth, recibí el último informe de Foster, respecto a la pareja:

—Han entrado juntos en el edificio donde Buchanan tiene su apartamento, teniente —me dijo—. Creo que la pareja estará allí esta noche.

Hice una mueca, le di las gracias, y seguí conduciendo; Foster, ahora, también se iría a dormir, dejando de vigilancia a cualquiera de nuestros agentes.

Entré poco más tarde en el mío, luego de encender las luces, con la vaga esperanza de que Ruth estuviese allí, pero no fue así, y sin saber cómo, por primera vez en mi vida de policía, me di cuenta de lo solo que estaba allí, y de algo más, de la razón que asistía a Ruth cuando afirmó que Kitia fue y era cosa mía, sin que necesariamente yo pudiese hacer ahora nada en su favor, como tampoco pude hacerlo antaño. Me faltó valor y Ruth lo sabía; antepuse la placa a mis sentimientos personales; pensé demasiado en lo que podría decirme o pensar el Departamento al enterarse que uno de sus miembros se había casado con una drogadicta; pensé en algo que ni siquiera pasó por la imaginación de Peter Richarson, un magnate de Wall Street; un hombre que pertenecía a un círculo que para mí, oscuro polizone, estaba vedado.

Me desvestí pues, sin dejar de pensar, me acosté, y traté de dormir, pero no pude conciliar el sueño en toda la noche; por lo que al día siguiente me levanté bien temprano, con dolor de cabeza, y de malhumor.

Y lo primero que hice fue ponerme en contacto con Foster.

—¿Algo nuevo?

—Respecto a Kitia Richarson, nada, teniente. La última noticia que recibí, no hace ni diez minutos, fue para decirme que ella continúa en el apartamento de Buchanan.

Noté un fuerte dolor de estómago e hice una mueca.

—Continuad vigilantes —dije—. Quiero saber todo lo que hace; quiero saber qué diablos es lo que está tramando.

Corté sin esperar respuesta y fui a la ducha.

Terminaba de vestirme cuando oí el timbre del teléfono.

Era Ruth.

—Han matado a Marga Owen, Jim —dijo sin preámbulo alguno—, anoche, entre la una y las dos de la madrugada. La han llevado a la Morgue. Si quieres, puedo ir a buscarte.

Dije que sí, y deposité luego el auricular sobre su soporte.

Todavía estaba pensando en todo aquello cuando hasta mí llegó el sonido del zumbador de la puerta de entrada, por lo que sabiendo ya de quién se trataba, me puse la americana mientras iba a abrir.

Era Ruth, ahora sin uniforme; una simple blusa y unos shorts, con zapatos de alto tacón, y el bolso negro colgado en banderola sobre el hombro izquierdo.

—¿Nos vamos, Jim? —preguntó.

Dije que sí, cerré a mi espalda y descendimos en el ascensor hasta la planta baja, y de allí al coche que ella había traído.

—¿Cómo fue? —indagué tan pronto como la vi frente al volante, ya con el coche en marcha—. ¿Lo sabes?

—La estrangularon con una de sus medias, querido —respondió ella—. Trabajo indudablemente de un profesional.

—¿Había señales de lucha en el apartamento?

—No, ninguna.

—Lo que quiere decir —especifiqué—, que el tipo que estaba con ella era conocido. Es decir, que Marga le conocía.

—Sí, eso es lo que pensaba.

No repliqué, por lo que ya no pronunciamos palabra alguna hasta que nos encontramos en el interior de la Morgue.

CAPÍTULO VI

JACK MERRILL, el viejo doctor de la Morgue, ya me tenía preparado el informe cuando llegamos. Lo tomé pues de sus manos, le lancé una fugaz mirada y luego le miré a él.

—Me gustaría, doctor —dije—, que me explicara todo esto que hay aquí escrito, pero en cristiano, ¿quiere?

Se echó a reír.

—Fue estrangulada con una media de su propiedad, entre las doce y la una de esta noche pasada, teniente. No hay otra señal de violencia en su cuerpo, si esto le sirve de algo. ¿Quiere verla?

Lancé una fugaz mirada a Ruth que negó con la cabeza y respondí:

—Sí, quiero verla.

Entramos en el depósito propiamente dicho y Merrill tiró de uno de los cajones de plomo, mostrándome el bulto blanco de la sábana, bajo cuya tela yacía Marga Owen. Suavemente tiré de la tela y descubrí su rostro, e hice luego una mueca.

—Gracias, doctor.

Di media vuelta y salí de allí, en busca de Ruth.

—¿Nos vamos? —pregunté al llegar a su lado.

Asintió, lo mismo que antes, en silencio, y salimos.

Pregunté tan pronto como ella puso el coche en marcha:

—¿Qué han dicho los de Huellas, Ruth?

—No había ninguna salvo las de la chica —dudó irnos segundos y prosiguió a continuación—: Al parecer el hombre que la mató llevaba guantes o sencillamente las borró. Marga, según el informe

del forense, que ahora tienes en el bolsillo, fue ultrajada primero, y asesinada a continuación.

Pensé una vez más en todo aquello, sin responder a Ruth que siguió conduciendo.

Marga, indudablemente, me contó muchas cosas, pero se guardó las mejores; se guardó para sí misma, quizá, la única que pudo salvarla de morir. Quién, cómo y por qué, aún era un misterio para mí.

Ruth rompió el hilo de mis pensamientos con una pregunta:

—¿Dónde quieres que te lleve, teniente? ¿Al precinto?

—Nada de eso —y vi por el espejo retrovisor cómo se sorprendía—. Quiero ir a la casa de Kitia Richarson.

—Tu viejo amor no se encuentra en su casa, Jim —replicó ella—. La última noticia que recibimos es que aún se encontraba en casa de Buchanan; donde ha pasado la noche.

—Sé todo eso, Ruth —contesté un tanto secamente—, pero no es a ella a quien quiero ver por el momento.

—¡Ah!, ¿no?

—No.

Vi cómo con un golpe de volante tomaba una de las calles adyacentes, dando ahora la callada por respuesta, por lo que me recosté contra el respaldo del asiento, del bolsillo saqué el paquete de cigarrillos, encendí dos, puse uno entre sus labios, y entonces dijo simplemente:

—Gracias.

Miré por la ventanilla; a los peatones que circulaban de un lado para otro, al intenso tráfico que nos envolvía, y me dije a mí mismo, que una vez más, en aquella jungla de asfalto, había un asesino suelto, o tal vez dos.

Cerré entonces los ojos y comencé a fumar en silencio hasta que de nuevo, una vez más, Ruth lo rompió:

—Hemos llegado, Jim —dijo.

Era cierto; estaba ahora deteniendo el coche junto al bordillo de la acera. Esperé a que lo hubiese detenido por completo y entonces la miré.

—¿Debo esperarte?

—No —repliqué—. Puedes dirigirte al precinto y esperar allí —

hice una mueca y pregunté—. ¿Qué agente estaba de vigilancia en la puerta del edificio donde Marga Owen tenía su apartamento?

—Joel. Dice que no vio nada sospechoso, pero eso no quiere decir nada absolutamente. Allí entran y salen minuto a minuto multitud de personas entre hombres, mujeres y niños. El edificio es única y exclusivamente para apartamentos.

—Sí, así es —respondí pensativamente, abriendo ya la portezuela—, lo que quiere decir que estamos como en un principio.

No me respondió por lo que, sin más, descendí del automóvil, crucé la acera y penetré en el portal.

Unos segundos más tarde me hallaba en el interior del ascensor, camino del piso de Kitia Richarson.

Frente a la puerta vacilé, mirando a mi alrededor, y luego hundi el dedo en el botón del zumbador; como esperaba, nadie contestó a mi llamada por lo que utilicé una ganzúa para entrar. Del mismo modo o por el mismo procedimiento cerré la puerta a mi espalda y encendí las luces.

Nada a primera vista.

No sabía tampoco lo que buscaba; algo, cualquier cosa; algo que me dijera sin lugar a dudas lo que estaba haciendo Kitia; lo que buscaba; algo, también, que tuviera conexión con su marido, con el asesinato de su marido.

Nacía en las habitaciones, nada tampoco en el cuarto de baño, en el living-room...

Entré en el dormitorio, miré a mi alrededor, y me acerqué a la elegante «coqueta» adosada a una de las paredes, y por unos instantes contemplé mi rostro, ya con la barba un tanto crecida, en el espejo, y luego abrí el primero de los cajones.

Nada tampoco.

Iba con el segundo cuando oí girar la llave en la cerradura y me aparté de allí, apagando la luz.

Fuera, en la calle, era completamente de día, pero yo no me había atrevido a abrir ninguna de las ventanas. No obstante, la persona que acababa de entrar en el apartamento, una mujer, Kitia posiblemente, lo estaba haciendo, inundándolo de luz.

Esperé.

Luego oí su grácil taconeo, hacia el dormitorio, lugar donde yo me encontraba, y me dejé ver.

Lanzó un pequeño grito llevándose las manos al pecho y exclamé:

—Perdone, Kitia, no estaba en mi ánimo asustarla a usted.

—¿No...? En ese caso, teniente, ¿quiere decirme qué hace usted en mi casa? Dígame, ¿tiene orden de cateo?

Con ella eran dos las mujeres que en contadas horas me habían preguntado lo mismo, y una de ellas había muerto ya.

—No —respondí—, y la verdad es que creí que no me haría falta.

—En eso se equivoca.

—En ese caso —dije—, volveré dentro de media hora con una. Y caminé hacia la puerta.

—Espere.

Me detuve, muy cerca de ella, pues Kitia se encontraba directamente bajo el marco, impidiéndome la salida.

—¿Sí...?

—No quiero pelear con usted, teniente —me dijo—, en cuyo caso, ¿por qué no me acompaña al living y allí hablamos?

Asentí con un mudo gesto de cabeza, me dio la espalda y precedí a Kitia hasta el lugar indicado. Me señaló de inmediato uno de los sillones.

—Siéntese, teniente —invitó—. ¿Una copa?

Negué con la cabeza antes de decir:

—No, gracias.

—Perdone —y había una ligera burla en su voz—. Olvidé que los de la policía jamás bebían estando de servicio —y preguntó sin transición alguna—: ¿Puede decirme a qué ha venido, allanando, de paso, mi casa?

—Quería buscar algo —dije—, cualquier cosa..., aunque le confieso que no sé siquiera qué es lo que pensaba descubrir.

—¿Quiere que se lo diga yo, teniente?

De nuevo, una vez más, su raza india, lo impenetrable de su raza se antepone entre ella y yo, pues su rostro era completamente inexpresivo cuando formuló la pregunta.

—¿En verdad lo sabe usted, Kitia? —inquirí a mi vez.

—Está buscando un indicio, teniente, algo que le diga lo que trato de hacer yo, lo que estoy haciendo, o algo, tal vez, que le diga por qué fue asesinado mi marido, ¿verdad?

—Sí, así es. En eso lleva razón.

—¿Y...?

—Me faltaba por registrar el dormitorio.

—No hubiera encontrado nada tampoco —señaló hacia aquel lugar con el brazo extendido y prosiguió—: Puede ir y terminar con su registro, teniente.

—Prefiero hablar con usted, ahora que puedo, Kitia.

—¿Qué desea saber que yo no le dijera en nuestra anterior entrevista?

—Todo. En particular, los motivos que ha tenido para regresar al seno de la basura de Nueva York.

—¿Motivos...? Ninguno en particular.

—¿No...? ¿Y qué me dice de Marga Owen?

—No conozco a ninguna Marga.

Una respuesta que sonó demasiado rápida a mis oídos, por lo que respondí brutalmente:

—Usted llevó cinco paquetitos de heroína a esa muchacha, buscando una conexión, un contacto que ella le dio, y ahora ella, Marga, está muerta. La asesinaron anoche, poco después de que ambos sostuviéramos una conversación.

Ni uno sólo de los músculos de su rostro se movió ante mis palabras. Tampoco cambió la expresión de sus ojos ni de su voz, cuando replicó:

—Confieso que no lo sabía, teniente. De lo único que estoy segura, es que yo no la maté.

—Lo sé. Y ahora, dígame, ¿cuál fue el contacto?

—¿No lo sabe usted?

—Quiero que sea usted, Kitia, quien me lo diga.

—Un tal Buchanan. Uno de mis antiguos conocidos me envió a casa de Marga. La chica se drogaba y la compré con un poco de «nieve». Buchanan necesita chicas jóvenes y con sexy para repartir la droga, y fui a verle.

—¿Sólo para eso, para repartir droga y exponerse a...?

Negó con la cabeza, sin cambiar, por supuesto, de expresión:

—Buscaba algo más, teniente. Un nuevo contacto, algo o alguien que me dijera lo que deseo saber. Los motivos que tuvieron o tuvo un *killer* para asesinar a mi marido, y por supuesto, quién fue el tipo que firmó el «contrato» con él; pero no sirvió de nada. Por el momento no sirvió de nada. Establecí el contacto, fuimos de un lado para otro, de bar en bar, de club en club, me dijo que era una chica muy mona, y le acompañé a su apartamento. Sé, teniente —añadió tras una ligera pausa—, que esto no me lo va a perdonar nunca.

Un poco sorprendido, pregunté:

—¿Y ahora...?

—Quizá se repita, pero no es seguro.

—¿Quiere decirme que espera conseguir de Buchanan? Usted misma ha dicho que...

—Sé lo que le dije. No me gusta el tipo, no me gustan los hombres como Buchanan, me producen asco, pero no tuve más remedio. Era el único camino a seguir y acepté. Ahora, quizá continúe con él unas cuantas noches más y luego, posiblemente la cosa termine de un modo imprevisto incluso hasta para usted, teniente.

—¿Sabe Buchanan que usted es la mujer de míster Richarson?

—¡Por supuesto que no!

—¿Qué ocurrirá si lo descubre?

—Posiblemente, teniente, que encontrará otro cadáver en el lugar menos impensado. El mío, por supuesto.

Me puse en pie, pero ella no se movió.

—Teniente.

—¿Sí...?

—Buchanan puede ser la clave de todo. El... tiene muchos contactos entre la gente del hampa, drogadictos, chicas y todo lo demás, ¿comprende? Si en Nueva York hay alguien que sepa por qué murió mi marido, ese alguien es indudablemente Buchanan.

Dejé transcurrir una ligera pausa y luego, repentinamente, volví a sentarme a su lado.

—¿Había otra mujer en la vida de su marido, Kitia?

—Creo, teniente, que esa pregunta ya me la hizo en aquella ocasión.

—Es posible que así fuera —respondí—. ¿Quiere contestármela de nuevo?

—Le dije que todo era posible, por lo menos creo recordarlo así, aunque yo estoy casi segura de que no. Ha salido o salía, sí, con algunas, pero era por cuestión de negocios, o cuando no, con la esposa de míster Sheldon. Incluso con Mavis Riquelme. Ella es la mujer de John Kendall.

—¿Quién es Kendall?

—Míster Kendall —respondió Kitia—, es otro de los socios de la firma en la cual mi marido era gerente.

Guardé silencio por espacio de varios segundos, mientras pensaba velozmente.

CAPÍTULO VII

TANTOS, según creo, que Kitia se vio en la necesidad de decir:

—¿No contesta, teniente?

—¿Lo sabía su marido?

—¿Quién? ¿Míster Kendall? Por supuesto que sí. Entre nosotros esto no tiene mayor importancia. Es... como si al pobre Peter le hubiesen dicho que me habían visto a mí en compañía de míster Kendall o en la de míster Sheldon. Entiende lo que le quiero decir, ¿verdad?

—Sí, así es —dije no muy convencido—. Y ahora, Kitia, ¿puede darme las señas de mistress Kendall?

Tampoco cambió la expresión de su rostro y ojos cuando replicó:

—¿Serviría de algo?

—Escuche, Kitia —dije, tal vez un tanto secamente—, han muerto ya dos personas en esto, y temo que usted también esté en peligro, sobre todo si Buchanan tuvo algo que ver con la muerte de su marido; sobre todo si llega a descubrir quién es usted en realidad, ¿comprende? Quiero esas señas. Cierto que puedo tomarla de cualquier directorio telefónico, pero prefiero que me las dé usted.

—De acuerdo, teniente —respondió ella tras una ligera vacilación—, sea como usted quiera. Pero si está pensando que Sheldon o Kendall asesinaron a mi marido, bien por Mavis o por Cynthia, es que está usted complejamente loco.

Se puso en pie y la imité.

—Espere un momento, teniente —dijo.

Lo hice, viendo cómo ella cruzaba el living e iba seguidamente hacia su dormitorio.

Cuando poco después volvió a mi lado, llevaba en la mano la hoja de un bloc de notas donde había anotado el nombre de Mavis Kendall y sus señas.

—Puede ir a su casa si lo desea, en la inteligencia de que no estará su marido por lo menos hasta la noche, o a Broadway. Ella frecuenta casi todos los días el Marimba. Es un club nocturno que...

—Sé dónde está, y me daré una vuelta por ahí esta noche —indiqué, pero pensando en todo lo contrario—. Gracias por todo. Y lamento que no quiera contarme algo más de Buchanan.

—Le dije todo lo que sabía de él al respecto, teniente.

No respondí, me encaminé hacia la puerta y ella vino detrás.

Ni siquiera le di las gracias ni la saludé cuando volviendo la espalda fui en derechura al ascensor mediante el cual descendí hasta la planta baja.

Una vez en la calle me acerqué al coche de Buck, y vi su rostro mofletudo a través de la ventanilla, lleno de preocupación.

—Lo lamento, teniente —dijo sin preámbulo alguno—. La vi llegar, pero no podía avisarle a usted. ¿Qué hago ahora?

—Olvídelo, Buck —respondí—. En cuanto a lo otro, mantenga la vigilancia. Mistress Richarson saldrá de aquí más tarde o más temprano, posiblemente para reunirse a continuación con Buchanan. Quiero saber todo lo que haga esta pareja, desde el momento en que se reúnan hasta el momento en que se separen, si es que se separan al llegar la noche.

Hice un gesto de despedida y fui al lugar donde quedara estacionado mi coche.

El timbre del teléfono estaba sonando cuando abrí la portezuela, por lo que tomé el auricular.

—Baxter al habla —dije—. ¿Diga...?

—Soy Ruth, Jim —dijo ella desde el precinto del Manhattan Oeste—. Cogimos al tipo que nos telefoneó la noche en que mataron a mister Richarson.

—¿Quién es?

—Un drogadicto. Un tipo con un prontuario policíaco tan amplio que se podría cubrir con él todo el territorio que abarca los

Estados Unidos.

—¿Y...?

—Estaba en la esquina inmediata, junto a la cabina o cerca de ella, según cuenta, cuando vio entrar a un hombre, tomar el auricular y marcar. Estuvo hablando unos segundos antes de que un sedán azul, convertible, se acercara a buena marcha. Luego vio cómo los cristales saltaban en pedazos y caer al fondo de la cabina al tipo que estaba telefoneando. Foster está interrogándole, pero el tipo en cuestión dice que no logró ver al conductor, que no sabe si era hombre o mujer. No había luz suficiente en aquel lugar, lo que ya hemos comprobado. En eso nos está diciendo la verdad.

—Dile a Foster que le encierre, preciosa, y que espere a que le sobrevenga uno de sus ataques. Puede que el tipo ese suelte la lengua del todo cuando vea que no tiene a su disposición la «nieve» que necesita.

—¿Alguna otra cosa, Jim?

—Sí. ¿Cuándo te veré?

—Estoy aquí, como ya sabes. Y eso es todo.

Corté la comunicación y suavemente deposité el auricular en su sitio, y puse a continuación el coche en marcha, y ya no me detuve hasta llegar a la calle Diecisiete, esquina Broadway, frente a su número 697.

Allí, según la nota que Kitia me había dado, vivía la mujer de otro de los magnates de Wall Street.

Utilicé, como siempre, el ascensor, y llamé con los nudillos.

Me abrió una doncella, de uniforme negro y cofia blanca.

—¿Sí...?

—Teniente Baxter, de Homicidios —dije mostrándole la placa—. Quiero hablar con mistress Mavis Kendall.

La vi sobresaltarse, y casi al instante se apartó de la puerta.

—Pase, por favor, teniente —dijo—, y tenga la bondad de esperar.

Crucé el umbral.

El hall, magnífico, con parquet en el suelo, lujoso y elegante al mismo tiempo, y las puertas al fondo.

Cuatro en total.

Quedé allí, en pie, mientras la doncella, luego de pronunciadas

aquellas palabras, se alejaba de mí dejándome solo.

No esperé mucho, tal vez un escaso minuto, y ella regresó a mi lado, diciendo:

—Por aquí, por favor, mistress Kendall le recibirá a usted en el living.

No se levantó al verme; no hizo tampoco movimiento alguno; se limitó a permanecer reclinada en el sofá donde se encontraba. Tampoco sonrió, pero con un elegante ademán de su mano me indicó uno de los sillones, frente a ella.

Era pelirroja, de ojos grandes y verdes, boca sensual, y llevaba una especie de quimono abierto por el centro. Calzaba los diminutos pies con unas babuchas, posiblemente de fabricación marroquí.

—Ha venido por lo del pobre Peter, ¿verdad? Lo leí en la prensa y luego en los boletines de noticias. Desde entonces, estoy esperando la visita de la policía.

—¿Algún motivo especial para esa espera, mistress...?

—Llámeme Mavis, teniente —me interrumpió—. Y no, no hay motivo especial alguno, a no ser mi amistad con Peter. Todo el mundo lo sabía; incluso Kitia.

—¿Muy amigos?

—¿Kitia y yo, teniente, o se refiere a Peter?

—Al segundo, por supuesto.

—Sí, bastante. Pero no es eso lo que usted quiere que le diga, ¿verdad?

—No, creo que no —dije.

—Bien, lo que sospecha es cierto. Peter y yo... Bueno, hemos pasado algunos ratos juntos. En realidad, éramos íntimos. No creo que Kitia lo supiera.

—¿En cuanto a míster Kendall...?

—Tal vez..., tal vez lo sospechara, pero aun así no veo a mi marido con una automática en la mano tratando de matar a un hombre.

—¿Por qué no?

No entendí su sonrisa hasta que afirmó fríamente:

—El capital es mío, teniente. Puede investigar eso si lo desea. Una demanda de divorcio, en mi contra, y aceptada por mí,

terminaría con John, y él lo sabe.

No dije nada a aquello, pero sí pregunté:

—Le mataron cuando estaba en contacto telefónico con alguien. ¿No sospecha de quién se...?

—Era conmigo, teniente. Quería hablar conmigo. Estábamos tratando de ponernos de acuerdo, cuando ocurrió el hecho.

—¿Por qué no llamó a la policía?

Cabalgó una de sus desnudas piernas sobre la otra, miró a su alrededor, como si sopesara intensamente mi pregunta, y contestó luego:

—Esa pregunta es una estupidez, teniente —dijo—. Póngase en mi caso y lo sabrá. Aún ahora, si usted me llevara ante la corte, cometería perjurio porque jamás me haría decir allí, ni en parte alguna, que es cierto todo cuanto le he dicho. Le acusaría a usted de falsear los hechos, y de cualquier cosa que se le ocurriese a mi abogado. Me comprende, ¿verdad?

—Sí, creo que sí —hice una pausa e indagué—: ¿Sospecha de alguien como autor de su muerte?

—No. De nadie, aunque esa pregunta podría hacérsela a míster Sheldon.

—¿Por qué a Sheldon precisamente? —inquirí.

—Si contestara a esa pregunta, teniente, usted sabría necesariamente todo cuanto yo sé, y eso no es conveniente en modo alguno. No, porque no está ligado con el asesinato de Peter. ¿Alguna otra cosa?

—Sí, por cierto, Mavis —contesté—. ¿Qué sabe de drogas?

Ahora sí logré romper la impasibilidad de piedra de su bello semblante, así como la fría ironía que latía en cada una de sus respuestas, cuando me respondió:

—Nada, teniente, salvo lo que dicen los médicos —y repitió por segunda vez—: ¿Alguna razón para que me haga esa pregunta?

—Sí; su mujer, Kitia, está vagabundeando de bar en bar, visitando todos los antros que, de un modo u otro, tienen conexiones con el mundo de la droga. ¿Podría decirme usted por qué lo hace?

—No veo nada de extraño en eso, teniente. Kitia casi pertenece al mundo del hampa, y eso no es un secreto en Wall Street. El que

ella se haya captado la confianza y el afecto de los... llamémosles «grandes», ¿verdad?, no cambia las cosas. ¿Qué podía hacer ahora que le falta el principal puntal a su casa? Nada, teniente, según lo veo yo. Es una gran dama, y ahora se ve abocada a un infierno. Está sola y tiene miedo. Y ese miedo y esa soledad desea compartirla con el mundo que conoce aún mucho mejor que el nuestro. Es así como lo veo yo.

—Ella busca algo más.

—Sí, quizá —me respondió Mavis pensativamente—. Quizá ella crea que es ahí, en el bajo mundo que tan bien conoce, donde se fraguó el asesinato de su marido. Tal vez espere encontrar en cualquiera de sus tugurios la persona que le indique cuál fue la mano que cumplió la sentencia.

—Eso es lo que ella cree; que alguien alquiló a un *killer* para que le eliminara. Si es así, Mavis, responda, ¿no tiene idea de quién pudo ser?

—Ya le dije que no, teniente. ¿Alguna otra cosa?

Se puso en pie y la imité.

—No, nada. Gracias por su ayuda.

Me estaba sonriendo cuando ambos alcanzamos la puerta, sin que la doncella que me recibiera hubiese hecho acto de presencia.

—Vuelva cuando quiera, teniente, o vaya a buscarme al Marimba. Supongo que ya debe saber dónde está. Allí, con un poco de suerte, puede que le presente a mi marido.

Estreché su mano y caminé sin volver la cabeza. Pero sí pude verla en pie, en el centro de la puerta de acceso a su apartamento, cuando descendía hacia la planta baja, utilizando el ascensor.

No estaba llamando el teléfono; quizá Kitia todavía continuaba en su casa; quizá también me habían llamado y habían desistido por el momento de continuar haciéndolo al ver que yo no contestaba.

Tomé, pues, la bocina y pedí que me comunicaran con Buck.

—¿Algo nuevo, Buck? —indagué tan pronto como le tuve al otro lado del hilo.

—Nada, teniente. La chica aún continúa dentro de su casa.

—¿Has visto algo anormal?

—No.

—Bien, continúa vigilando. Por si me necesitas, voy camino del precinto.

Corté la comunicación y continué conduciendo lentamente hacia donde le había dicho.

CAPÍTULO VIII

ME acerqué, apenas entrar, a la mesa que ocupaba Ruth, y pregunté:

—¿Dónde está Foster?

—Hola, teniente —me saludó—. Allí, donde tú sabes, con ese drogadicto.

—¿Le han sacado algo más?

—No lo sé —hizo una mueca y prosiguió—: La verdad es que esos interrogatorios no me gustan. Sé que no se les toca, Jim, pero ahora está en uno de sus ataques. Pasé hace poco por el pasillo y le oí gritar, maldecir, gemir y llorar, pidiendo la droga a gritos y diciendo que no sabía nada más. Diciendo que por el amor de Dios le dejaran en paz de una vez, que no sabía nada. Que ya lo había dicho todo. Foster, Dick y Tichey están ahora con él. Se van turnando, teniente, pero algo me dice que ese muchacho no sabe nada más que lo que ya nos ha dicho.

No respondí, di media vuelta, abandoné el despacho y salí al pasillo. Empecé a contar las puertas, de un modo automático, hasta llegar a la cuatro a mano izquierda. Me detuve entonces. Ruth le había oído gritar, pero ahora no lo hacía; lloraba; eso era todo, y se me revolvió el estómago, pero a pesar de eso empujé la hoja de madera y entré.

Era joven, de unos veinte a veintiún años, con barba, ojos negros, hundidos, y la piel pegada a los pómulos; como si no tuviera carne alguna recubriendo sus huesos.

Era joven, sí, pero representaba por lo menos diez o doce años más. Estaba pálido, blanco más bien, transpiraba como un cerdo,

sus manos temblaban, y las lágrimas surcaban sus mejillas rodando por ellas hasta el cuello de la camisa que llevaba.

Clavó en mí sus ojos, ahora implorantes, y luego nos miró alternativamente. Fue Foster el que tomó la palabra:

—Ese es el teniente Baxter, muchacho, y quiere hablar contigo. Esperé.

Cualquier cosa; que se pusiera en pie, que se lanzara contra mí, que gritara, que me llenara de improperios e insultos, pero no hizo nada de aquello; se tapó el rostro con las manos y lanzó un ahogado sollozo hundiendo la cabeza en el pecho.

—No... no sé nada más que lo que dije..., teniente... Nada... por... por favor... Sáqueme de aquí. Por favor... Yo... ¡Aggg...!

Se convulsionó y luego, de un modo repentino, con una mirada demoníaca, se lanzó contra mí.

No llegó a tocarme siquiera; Foster le salió al paso, hice una seña y en vez de golpearle se limitó a sujetarle, pero era muy poca cosa Foster con la fuerza desarrollada en él, centuplicada por la desesperación y por la falta de droga.

Volví la cabeza a otro lado mientras Dick y Tichey también le caían encima, con lo que la lucha entre ellos apenas si duró segundos.

Les miré ahora; el espectáculo era denigrante de todo punto, por lo que dije con algo de precipitación:

—Lléváoslo de aquí y fichadle. ¡Ah, dadle algo para que se calme!

La mirada que el drogadicto me lanzó, de agradecimiento, me dio asco sin saber por qué.

—Y usted, Foster —añadí luego, y cuando ya se lo llevaban camino de la puerta—, cuando termine venga a verme a mi despacho.

Esperé a que se hubieran ido y retrocediendo sobre mis pasos entré donde le había dicho a Foster, y me senté tras la mesa sin lanzar una sola mirada a Ruth, que se levantó para venir a continuación a mi lado.

—Acaba de llamar Buck, Jim —me dijo—. Kitia Richarson continúa en su casa. Al parecer no ha recibido visita alguna, pero dice Buck que eso, con seguridad, él no puede saberlo.

—Dile que continúe allí, Ruth —respondí—. Le enviaré un relevo dentro de poco, o bien iré yo mismo.

Se fue tan pronto como Foster hizo su aparición frente a mí.

—¿Y bien? —pregunté.

—La misma historia, teniente —replicó—. Un sedán azul convertible, y todo lo demás. Respecto al coche, estamos en el mismo lugar de siempre.

Pensé en Mavis Kendall cuando respondí:

—Quiero que investigues de inmediato a mistress Mavis Kendall —le di las señas, que anotó en un papel, y proseguí—: También quiero que lo hagas con mistress Sheldon,

—¿Y eso por qué, teniente?

—La primera confiesa que ella y Peter Richarson eran amantes. De ahí puede surgir un motivo.

—Si es así, ¿dónde queda Buchanan?

—Aún no lo sé..., aunque puede darse el caso que quede en cualquier lugar que nada tenga que ver en todo esto, a pesar de Kitia Richarson y de nuestro departamento. Puede que ella, equivocada, siguiera una pista falsa y nos la esté haciendo seguir a nosotros. Como también puede que sea la correcta la que sigue, y que Buchanan, u otro como él, por orden de alguien, contratara a un profesional para que liquidara a míster Richarson.

—¿En cuanto a Buck...?

—Yo mismo tomaré su relevo, aunque casi estoy por apostar a que mistress Richarson no abandonará su casa hasta la noche —pensé en el sedán azul, y añadí—: Ahora tengo que salir, sargento. Ponga a trabajar alrededor de los Kendall y Sheldon a todos los hombres que pueda.

No esperé respuesta, me puse en pie, rodeé la mesa a la inversa y, tomando el sombrero del perchero, que me encasqueté, abandoné el despacho y el precinto luego.

Empuñé el volante y conduje hacia Columbus Circle.

La casa era de una planta, con jardín, piscina, y una verja, de hierro que cerraba el paso a todo visitante.

Descendí del coche apenas si el motor rozó la verja, cuando ya, de una pequeña caseta instalada al lado izquierdo de la misma, según se entraba en la finca, salía uno de esos guardas privados.

Abrió la puerta y me dijo;

—¿Qué desea, míster...?

Y tenía los ojos fijos en mi coche, que no llevaba distintivo oficial alguno.

—Teniente Baxter, de Homicidios —dije, mostrando una vez más la placa—. Quiero hablar con míster Sheldon.

—No está, teniente. Le encontrará en Wall Street a esta hora.

Era precisamente lo que yo ya sabía, por lo que continué preguntando:

—Mistress Cynthia Sheldon, ¿se encuentra en casa?

El guarda me miró curiosamente y contestó:

—Veré si puede recibirle.

No dije nada, y regresé sobre mis pasos al interior del coche.

No fue mucho, unos segundos tan sólo, y el hombre vino a mi lado e inclinando la cabeza hacia la ventanilla me indicó:

—Siga este camino, teniente, hasta que encuentre un desvío detrás de aquella curva. Tómelo, y ese desvío le conducirá al lugar donde se encuentra mistress Sheldon.

Se apartó, abrió la verja de par en par, embragué, y el coche empezó a deslizarse por el pavimentado camino de la curva.

Tomé el desvío un poco más tarde, vino una nueva curva y, cuando la dejé a mi espalda, ante mis ojos apareció la piscina y con aquélla mistress Cynthia Sheldon.

Se encontraba en bikini, con la piel morena brillando al sol formando fuerte contraste con el rubio de su pelo, y haciendo pantalla con las manos.

No se movió empero cuando detuve el coche muy cerca de ella, ni tampoco cuando después de abrir la portezuela descendí y me acerqué.

—Teniente Baxter, del Manhattan Oeste, ¿verdad? preguntó tendiéndome la mano, de dedos largos y bien cuidados—. Bien venido a mi casa, teniente. Siéntese y tome algo conmigo.

Entonces reparé que a su lado había una cubetita con hielo y una botella de licor en su interior.

Inicié una sonrisa, diciendo:

—Siento no poder acompañarla, mistress Sheldon, pero me sentaré.

Lo hice mientras ella fijaba en mí sus ojos grandes, rasgados y negros, serenos.

—¿En qué puedo servirle? —empezó a continuación.

—Estoy investigando un asesinato.

—El de Peter Richarson, por supuesto —afirmó—. Lo leí en el periódico, y luego lo comentamos mi marido y yo. Ahora, teniente, ¿qué puedo decirle yo respecto a ese asesinato?

—Eso aún no lo sé. Dígame, mistress Sheldon, ¿qué amistad les unía a su esposo y a usted con míster Richarson?

—La común en personas que frecuentan un mismo círculo. Buenas en general. Tanto Peter como Kitia, su esposa, eran grandes personas.

—¿Qué sabe de la vida íntima de Richarson?

—Muy poco, teniente —respondió ella sin una sola vacilación—, y, más que poco, nada.

—¿Alguna mujer además de Kitia?

—A esa pregunta no puedo contestarle, teniente.

—¿Por qué?

—Porque no lo sé. Sólo sé que tenía buen partido entre las mujeres, y nada más.

—¿Y con usted...? Perdone, pero algunas veces mis preguntas...

Hizo un gesto con la mano y me interrumpí.

—No tiene que darme explicación alguna, teniente, pues le comprendo. Y ahora contestaré a su pregunta. También conmigo, y eso lo saben todos o casi todos los componentes de nuestro círculo de amistades. Hemos salido muchas veces juntos, pero también salía con otras. Kitia también alternaba con mi marido, pero sé que entre ellos no hubo nada.

—¿Y usted con Richarson?

—Sólo una vez, teniente. No se volvió a repetir. Él prefería a otra si me entiende.

—¿Y esa otra...?

—No la conozco, ni tampoco él me la mencionó nunca, pero sé que era así. Una mujer intuye eso en un hombre, aunque éste no se lo diga. En cuanto a la noche en que mataron a Peter, mi coartada es perfecta, así como también lo es la de mi marido.

—¿Puede decirme dónde se encontraba usted?

—Aquí, y puedo probarlo con la doncella, el ayuda de cámara, y media docena de criados más. En cuanto a mi marido, estaba en una reunión de accionistas.

Pensé que aquello era un círculo vicioso y me puse en pie.

Me imitó Cynthia, y ambos quedamos frente a frente, separados por apenas media yarda.

Me estaba sonriendo.

—Estos días —dijo con voz suave—, estaré libre. Quiero decir, que mi marido estará fuera, en viaje de negocios. Si me necesita, estaré a su disposición.

—Tal vez la llame.

—Le esperaré, teniente. Cuídese, entre tanto.

No respondí, di media vuelta y sin volver la cabeza entré en el coche y lo puse en marcha, pero ni la saludé cuando di la vuelta para tomar el camino de salida.

* * *

Empezaba a oscurecer cuando alcancé las inmediaciones de la casa donde habitaba Kitia, y detuve el coche al otro lado de la calle, tomé el auricular y me puse al habla con el coche que había estacionado en la acera opuesta, junto al bordillo.

—Baxter al habla, Rick —dije, sabiendo que Buck había sido relevado ya por otro de nuestros agentes—. ¿Algo nuevo?

—Hola, teniente. No, nada, mistress Richarson aún continúa dentro de la casa.

—Correcto —respondí—. Puedes irte ahora si lo deseas. Continuaré yo con la vigilancia.

—Suerte, teniente.

Por delante de mí, pero en el otro bordillo, vi arrancar el coche de la policía y clavé mis ojos en la puerta de entrada al edificio donde Kitia tenía su apartamento.

Esperé, armándome de paciencia, porque la espera podía ser larga; incluso podía durar toda la noche, pero no fue así.

CAPÍTULO IX

SIMPLEMENTE, hasta las nueve y treinta.

Entonces la vi salir.

Con el mismo vestido largo que ya la viera otras veces. Kitia miró a su alrededor y se acercó a continuación al filo de la acera y adiviné sin esfuerzo alguno que trataba de conseguir un taxi.

Puse el motor del coche en marcha y esperé.

Tampoco aquella vez fue mucho; medio minuto escaso y ella subió, y, al hacerlo, empezó la persecución, hacia la Octava Avenida.

Veinte minutos más tarde el taxi se detuvo, y estacioné casi detrás del mismo. Abrí la portezuela y salté sobre la acera, hacia uno de los portales.

El bar era el Avenida, cuyos opacos cristales impedían al curioso ver lo que había en su interior, pero no me fijé mucho en aquello, sino en Kitia que en aquel momento, luego de pagar, estaba despidiendo al taxi, que se puso inmediatamente en marcha, perdiéndose pronto sus luces piloto entre el tráfico de aquella hora.

Kitia no miró ahora a ningún lado; simplemente empezó a andar hacia la puerta del bar. Entonces vi el tipo de color. Salió de una tienda de juguetes, situada a menos de quince yardas de distancia, y apretó el paso hacia ella.

Intuí, no sé cómo, lo que iba a ocurrir a continuación y llevé la mano a la funda de la axila, y apenas si tuve tiempo de sacar la «Policial Positive» de bajo el sobaco, antes de que el tipo aquel sacara del bolsillo de la cazadora de piel que llevaba puesta una «Luger».

Entonces grité:

—¡Cuidado, Kitia!

Se volvió cuando ya el negro apretaba el gatillo, y aquello salvó posiblemente su vida, pues la bala le rozó los cabellos y luego hizo saltar en astillas la cristallera de uno de los escaparates; entonces disparé a mi vez, cuando ya me estaba encañonando a mí.

Tiré a matar, lo confieso, y el tipo aquel abrió los brazos en cruz, dio una completa vuelta sobre sí mismo y cayó de cabeza, aún sin soltar la automática, quedando allí, con los ojos muy abiertos, fijos, digo yo, en los anuncios luminosos de las tiendas y bares.

Corrí entonces hacia Kitia, la prendí de un brazo y casi arrastrando la llevé al interior de mi coche, cuando ya se oían los silbatos de los agentes y el tráfico rodado empezaba a detenerse, y la gente a abarrotar la acera.

—Quédate ahí y no te muevas, muchacha —dije tuteándola sin darme cuenta—. Pase lo que pase no te muevas, o vas a sentirlo.

No me contestó, pero se acurrucó en el asiento.

La dejé allí, y volví al lugar del suceso. Varios policías de uniforme estaban acordonando ya los alrededores donde yacía el muerto, y me acerqué.

—¿Le mató usted, teniente?

—Sí, así fue... y lo lamento —dije—. El tipo ese sabía algo que a nosotros, los del departamento, nos interesa.

—Creo que atacó a una mujer. Que quiso matarla. ¿La ha visto, teniente? Varios testigos aseguran...

—Está en mi coche, agente —dije—, no se preocupe por ella.

Pensé en Buchanan mientras otro de los policías llamaba por radio a la ambulancia.

Nada, pues, me quedaba que hacer allí; nada absolutamente, como no fuera interrogar a Kitia; era lo único, por el momento. Lo segundo, tal vez ponerme en contacto con Cynthia Sheldon, pero no me entusiasmaba mucho la idea, como no fuera en plan profesional.

—Estaré en el precinto o en mi apartamento, agente —seguí diciendo—, por si me necesitan para algo. ¡Ah! Si viene el sargento Foster, dígame que yo me he hecho personalmente cargo de todo.

—Correcto, teniente.

Di las buenas noches y volviéndome en redondo caminé hacia el coche. Kitia permanecía en la misma postura. Su pecho latía desacompañadamente bajo la liviana tela del vestido, y tenía los ojos cerrados y los dientes un tanto apretados, casi enclavijados.

Estaba asustada; luchaba consigo misma para que aquel sentimiento no aflorara al exterior, pero casi no podía evitarlo.

Puse el coche en marcha, lo despegué del bordillo de la acera cuando ya hasta mis oídos llegaba el sonido de la sirena de la ambulancia, y entonces ella preguntó:

—¿Dónde me lleva, teniente?

No la tuteé ahora cuando dije:

—A su casa, Kitia.

—¡No!

Se había erguido sobre el asiento y me estaba mirando con los ojos casi desorbitados.

—En ese caso, muchacha —contesté—, ¿dónde quiere que la lleve?

—A cualquier motel, teniente. A cualquier parte. A su propio apartamento si quiere. A cualquier parte menos a mi casa.

Doblé el volante hacia Broadway, sin responder.

Media hora más tarde me encontraba en plena carretera, hacia Yonkers, no sin antes haber dicho por teléfono el lugar hacia donde me dirigía.

Ella, a mi lado, recostada contra el asiento, con los ojos cerrados, parecía no respirar; parecía también que se había dormido, pero no era así.

Mediado el camino de Nueva York a Yonkers, vi el letrero del motel y dirigí el coche hacia el estacionamiento, donde lo detuve. Entonces Kitia habló por segunda vez en todo el trayecto:

—Entraré yo, teniente, sola, si no le sabe mal Pero usted debe esperarme aquí, ¿quiere?

No temblaba su voz, sus ojos negros, e impasibles tampoco me decían nada que ya no me hubiesen dicho en ocasiones, y no obstante estaba aterrorizada y, viéndola, antes de responder, me pregunté a mí mismo si estaba pensando ella en Buchanan.

—De acuerdo, la esperaré —dije.

Abrió la portezuela y saltó al exterior. Caminó entonces hacia la

puerta de entrada del motel, y, sacando el arrugado paquete de cigarrillos del bolsillo, encendí uno.

Kitia regresó a mi lado casi cuando terminaba con el cigarrillo, llevando una llave en la mano.

—Es la cabaña número cuatro —dijo—. Vamos, teniente, venga conmigo.

Abandoné el coche y fui a su lado hasta la cabaña.

Una vez en su interior, la miré por todos lados.

Una chimenea prefabricada, de ladrillo rojo, una mesa en el centro con dos sillas, dos sillones de cuero negro y un sofá para tres personas, el frigorífico, televisión y un aparato de radio. Al fondo dos puertas, y adiviné que una conducía al cuarto de baño y la otra al dormitorio.

—Siéntese, ¿quiere?

Lo hice, sin pronunciar palabra, y ella preguntó:

—¿Una copa? Me han dicho que en el frigorífico encontraré cerveza.

Le indiqué con un gesto que estaba conforme y fue a por dos latas, que abrió a continuación.

Me dio una y bebí lentamente sin dejar de observarla, hasta que, de pronto, me preguntó:

—¿Qué quiere saber, teniente?

—Todo lo que usted sepa, Kitia —dije—. Y por favor, ahora sin mentiras, ¿comprende?

—¿Quiere decirme con eso que si le miento va a llevarme al precinto para que allí sea interrogada?

—Sí, así es. Y confieso que eso no me gustaría.

Bebió otro poco y contestó:

—No habrá necesidad de eso, Jim —hizo una pequeña pausa y preguntó—: ¿Tiene un cigarrillo?

Encendí dos, sin responder, le di uno, me dio las gracias y siguió hablando:

—Tenía una cita con Buchanan, ¿comprende? Me esperaba en ese bar de la Octava Avenida. Tomaríamos allí unas copas, más tarde nos iríamos a cenar, a bailar luego un poco y después a su apartamento, donde pensábamos pasar la noche, pero ya vio lo que ocurrió.

No dije nada; simplemente aguardé a que continuara hablando, y, para no contestar, tomé mi hita de cerveza y me la llevé a los labios. Entonces continuó:

—Nada había ni nada hubo nunca entre Buchanan y yo, teniente. Quisiera que comprendiera eso. Es... un contacto, como le dije. He tratado de averiguar algo, como también le dije. A mi marido le mató un profesional. De eso estoy segura como también lo está usted. Buchanan tiene múltiples contactos y pudo ser él mismo, u otro cualquiera, quien alquilara al *killer*, y estaba tratando de que me lo dijera.

—¿Consiguió algo?

—No mucho —repuso Kitia—. Casi nada. Sólo que tenía un gran negocio entre manos que ya le había proporcionado unos cuantos miles de dólares y que aún le proporcionaría más, pero no especificó cuál, ni yo, por el momento, me atreví a insistir sobre el tema.

—Volviendo ahora a lo de esta noche, Kitia —dije—, ¿conocía al hombre de color?

—Sí, claro, él fue quien me puso en contacto con Marga Owen, a la que mataron —alargó la mano y tomó el bolso, abriéndolo mientras añadía—: Mire eso, teniente.

Lo hice, y conté hasta quince paquetitos conteniendo heroína, por lo que la miré interrogativamente.

—Es heroína —añadió ella—. Me la dio Buchanan. Soy... una de sus chicas, si me entiende. Tenía que distribuir las esta noche. Ese era otro de mis trabajos mientras alternaba con él. En cuanto al negro, también era amigo de Buchanan. Le vi un par de veces con él. Buchanan, en una de ellas, le entregó dinero. Cuatro o cinco mil dólares, y sospecho que entre otras cosas ese asesino también distribuía la droga —cerró Kitia el bolso y añadió—: No sospecho quién pudo darle la orden de que me matara, teniente.

—Pudo ser el propio Buchanan.

—¿Él...? ¿Por qué?

—Todo cuadra con esta hipótesis mía, Kitia —repliqué—. Su cita con Buchanan para esta noche, a la que no acudió. En su defecto se presentó ese negro con una «Luger».

Entrecerró los ojos, bebió otro poco y fumó luego en silencio

durante unos segundos.

—Sí, quizá fue así. Y si lo fue, es que alguien me reconoció como la viuda de Peter Richarson. Dígame, teniente —preguntó sin transición alguna—. ¿Qué piensa hacer ahora?

Miré el bolso, y la miré luego a ella.

Estaba a la expectativa.

—Si no fuera tan tarde, querida —dije—, le pediría que volviéramos a Nueva York.

—¿Allí...? ¿Para qué?

—Para que empezara a distribuir esa droga, tal y como le ordenó Buchanan.

—Usándome usted como carnada, ¿verdad?

—Sí, aunque no me guste.

Se puso en pie y la imité, quedando ambos frente a frente. Parecía haber perdido todo su miedo interior, pues me estaba sonriendo.

Entonces dije:

—¿Nos vamos?

—¿A Nueva York?

—Sí.

Sacudió la cabeza.

—No me ha entendido, teniente —me respondió—. Mañana, si lo desea, iré donde me pida y haré todo lo que quiera. Ahora estoy cansada y sólo deseo acostarme.

Vacilé mucho, hasta que dije:

—De acuerdo, Kitia. Alquilaré otra cabaña y vendré a buscarla por la mañana.

—Tampoco me ha entendido esta vez, teniente. No quiero quedarme sola, ¿comprende? No esta noche. Estoy asustada.

Sin esperar respuesta me volvió la espalda y se encaminó hacia el dormitorio, añadiendo de paso:

—El aposento es confortable, Jim... Y acogedor...

—Kitia...

Se volvió a mirarme, dio un paso y llevó las manos a mis hombros, y noté, como obrando de forma independiente, que mis manos iban a su cintura...

CAPÍTULO X

TODAVÍA se encontraba asida a mí con tal fuerza que me impedía casi moverme, cuando pregunté:

—¿Por qué todo esto, Kitia? ¿Lo sabes tú?

Se apartó de mis brazos con suavidad sorprendente, y luego me respondió:

—Siempre te amé, teniente. Como ves, la respuesta a tu pregunta es sencilla. Siempre me consideré tuya a pesar de que pertenecía a otro. Cómo y cuándo empezó a ocurrir esto, no lo sé, aunque creo que fue hace mucho tiempo. Cuando frecuentaba los bares de Columbus Circle —me estaba mirando ya, vuelta de lado hacia mí, en el momento en que prosiguió—: He luchado contra este sentimiento mío, sigo luchando aún, pero es más fuerte que yo, que mi propia voluntad. Es... como lo que le ocurre a Cynthia Sheldon. Como le ocurría en vida de mi marido, quiero decir. Un día me preguntaste si había otra mujer en la vida de Peter, y te dije que todo era posible, pero que yo no lo sabía, y te mentí. La mujer era Mavis Kendall; era su amante, ¿comprendes? Sin embargo, Cynthia estaba siempre en medio. Quiero decir que cuando yo salía con Peter, la encontraba en todas partes. No decía nada, sólo nos miraba y en sus ojos había algo de amor, de acusación también, si entiendes lo que te quiero decir, Jim. Lo mismo ocurría cuando por una causa u otra, se presentaba en público Peter con Mavis. Una recepción en la que fuera míster Sheldon, ella aparecía de improviso, sólo para mirarnos, o para mirarlos. Ocurría exactamente igual cuando Cynthia se encontraba con su marido. No podía disimularlo, y me pregunto si es que ella también tuvo algo

que ver con Peter, y a pesar de que sus inclinaciones iban hacia Mavis, ella, Cynthia, le amaba también. Yo... no me preocupaba mucho de eso. Mi amor era tuyo, Jim, pero tú..., tú preferiste tu departamento. Yo era muy poca cosa para un teniente de Homicidios. —Se miró los brazos y añadió—: Estas marcas... son... y serán como una acusación para mí y para todo el que me vea. Por eso nunca llevo manga corta. ¡Oh, Jim!

Se me abrazó de nuevo, y una vez más noté en mí la pasión que ardía en toda ella.

* * *

Amanecía, abandonamos el apartamento. No dijimos nada ninguno de los dos hasta que indiqué:

—Vamos, te invito a tomar el desayuno en el bar del motel.

Me sonrió y salimos.

Unos minutos más tarde, frente a una taza de café con leche y bollos, introduje la mano en el bolsillo de mi americana y saqué un manojito de llaves, que deposité frente a ella, junto a su mano derecha.

Me miró a los ojos, con una pregunta a flor de labios, que formuló casi en el acto:

—¿Qué hago yo con estas llaves, Jim?

Traté de sonreír sin conseguirlo.

—Si deseas cambiar el lujo de tu casa por la sencillez de mi apartamento, Kitia, no tienes nada más que tomarlas y esperarme allí. Yo voy a continuar ahora completamente solo, hasta el final.

—¿Quieres decir que...?

—No lo sé aún, pero tengo una idea —respondí—. ¿Qué hay de esas llaves?

Su bello y exótico rostro se nubló.

—Hay un hombre llamado Buchanan, Jim. ¿O lo has olvidado?

—No conozco a ningún Buchanan —dije fríamente.

No me respondió, tomó las llaves, fue a introducirlas en el bolso, y entonces dije:

—No, ahí no.

—Entonces...

—Guárdalas en otro sitio, Kitia —contesté—. Voy a necesitar tu bolso con todo lo que contiene. Incluso con la heroína.

—Creí que tenía que repartirla tal y como me ordenaron, teniente —replicó ella guardando las llaves en su escote.

—Lo haré yo.

—Pero que...

—Anda —la interrumpí—, tómame eso, que nos vamos.

Abandonamos el motel poco más tarde, en silencio los dos, que duró hasta que nos encontramos en Nueva York.

Entonces pregunté:

—¿Sabes dónde está mi apartamento, Kitia?

—No.

Le di la dirección y añadí:

—Te dejaré en la parada del bus.

—¿Y tú...?

—Tengo que ponerme en contacto con mi departamento. Es extraño, pero nadie ha tratado de establecer contacto conmigo.

—Eso quiere decir que, después de lo ocurrido conmigo en la Octava Avenida, todo debe seguir igual.

—Sí, eso es lo que creo yo también —contesté, acercando ya el coche al bordillo de la acera, donde lo detuve, diciendo—: Vamos, baja, Kitia. ¡Ah!, y no quiero verte más rondando por ahí, ¿comprendes?

—No lo haré. Puedes estar seguro de eso, teniente —me sonrió—. Vamos, dame un beso.

Lo hice, y abrí luego la portezuela, con lo que Kitia saltó al suelo. Se volvió allí para mirarme y dijo, un segundo antes de volverme la espalda para empezar a andar en dirección a la parada del autobús:

—Que el espíritu de Manítú guíe tus pasos, teniente.

No respondí, puse el coche en marcha y me alejé.

Una esquina más abajo, en el centro de la calle, sorteando el tráfico, tomé el teléfono y pedí a la operadora que me pusiera con Foster. No se encontraba el sargento en el precinto, pero sí Ruth, que saludó:

—Hola, teniente. ¿Cómo va eso por ahí?

—No muy mal del todo —repliqué—. ¿Algo nuevo?

—No, nada. La autopsia del tipo ese de color, que no hace falta leer, pues todos sabemos ya cómo ocurrieron los hechos, y de qué

pistola surgió la bala que le mató.

—En cuanto a esa «Luger» —dije, interrumpiéndola—, ¿han comparado los de Balística los proyectiles con el encontrado en el cuerpo de Peter Richarson?

La oí reír.

—¡Por supuesto que sí, Jim! —dijo luego—. Quería guardarme esa noticia hasta que vinieras aquí, pero al parecer tú ya esperabas lo que te voy a decir, ¿verdad? De no ser así, nunca hubieses hecho esa pregunta.

—Eres una muchacha muy lista, Ruth. Venga, suéltalo ya.

—Es la misma arma con que le mataron, Jim.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio antes de formular una nueva pregunta:

—¿Qué se sabe de Buchanan?

—El sargento Foster está en eso. La última noticia que recibimos de él es que Buchanan se encontraba en su apartamento.

—¿Saben si salió anoche?

—No. No abandonó su casa. Buck y Joel estuvieron vigilando toda la noche. ¿Qué hay de Kitia Richarson? Un patrullero nos dijo que luego del intento de asesinato se fue contigo.

—Sí, así fue —respondí—. Y está bien.

—Apuesto a que la llevaste a tu apartamento.

—Y perderías, Ruth. Fue a un motel, y me pasé toda la noche vigilándola.

—Sí, claro, es lo que he supuesto que ocurriría. Dime, Jim, ¿le estropeaste sus prendas de nylon?

—No me fijé mucho en eso, Ruth.

—Es... otra de las cosas que sabía que me dirías.

Y riendo cortó la comunicación.

Miré a mi lado, al asiento contiguo. El bolso de Kitia, silencioso y sombrío, como una muda acusación, se encontraba allí a mi lado, en espera de que ocurriese algo que por el momento ni yo mismo sabía qué.

Tomé por segunda vez el teléfono del coche y me puse en contacto con Foster.

—Hola, teniente —saludó—. Los de Balística...

—Estuve hablando con Ruth, sargento —le interrumpí—. Ahora

lo que quiero saber es dónde se encuentra Buchanan.

—En su apartamento. Ni Joel ni yo le hemos visto salir, a no ser que este edificio tenga otra salida más. Una tercera salida que no conozca nadie.

—De acuerdo, Foster, siga ahí. Nos veremos dentro de unos minutos.

Seguí conduciendo.

Miles de preguntas me formulaba mientras me iba acercando rápidamente al lugar donde me esperaba el sargento. Las palabras de Kitia repiqueteaban en mi mente de modo asombroso. Había en ellas, en la pequeña historia que me contó, algo así como un mensaje vital para mí, para mi propio departamento, pero no lograba captarlo por mucho que me esforzaba en ello.

La heroína que había en el interior de su bolso, la conexión existente entre Buchanan y el negro, el *killer* que mató a Richarson, y que luego intentó eliminar a Kitia, y la muerte de Marga Owen, esta última estrangulada con una de sus propias medias.

Pudo hacerlo el negro, desde luego, puesto que conocía a la muchacha, pero de ser así, ahí, en aquel asesinato, había cambiado de método. Buchanan pudo muy bien contratarlo para que efectuara aquellos asesinatos, mediante un «contrato», empujado por alguien.

Aquél era el eslabón que le faltaba al rompecabezas para que todas las piezas encajaran correctamente.

De nuevo, fugazmente, miré el bolso de Kitia.

«...Que el espíritu de Manitú...»

Traté de sonreír, pero no pude.

Pensé en la placa que llevaba en el bolsillo, en los muchachos del departamento, en Ruth, y en el inspector jefe West, e hice una mueca de desagrado, pero, a pesar de eso, sabía que no tenía otra opción.

Había cosas que era necesario hacer sin vacilación alguna, y aquélla era una de ellas. Luego, el futuro... tal vez...

Vi la amplia avenida frente a mis ojos, dejé de pensar, y empecé a reducir velocidad.

Medio minuto más tarde detenía el coche detrás del de Foster, descendí y me acerqué.

Se encontraba allí, frente al volante, con mi cigarrillo en las manos, y sonrió al verme.

—No hay novedad alguna, teniente —dijo—. El tipo sigue en su casa.

—Correcto —respondí—; subiré a hablar con él.

—¿Quiere que le acompañe, teniente?

—No, por el momento no, pero pide refuerzos si no he salido de ahí dentro de un cuarto de hora. Y si no me he comunicado contigo durante ese tiempo.

—Vaya tranquilo, que lo haré.

Me aparté del coche, fui al cercano puesto de periódicos, compré uno al azar, y con éste debajo del brazo regresé a mi coche. Allí tomé el bolso de Kitia, hice un paquete con él, me lo puse bajo el brazo y empecé luego a andar en dirección al portal de la casa.

Utilicé el ascensor hasta el piso quince, y empecé a andar por el pasillo en dirección a la puerta de su apartamento. Me detuve después frente a la misma, llamé con los nudillos y me hice a un lado ya con la mano bajo el sobaco, acariciando la culata del revólver.

No oí nada, hasta unos segundos más tarde; pasos que se acercaban a la puerta, luego hubo un nuevo compás de espera, éste muy corto, y a través de la madera me llegó la voz de Buchanan:

—¿Sí...?

—Abra la puerta, Buchanan —dije—. Es la policía.

Saqué el arma, pero la precaución fue vana cuando vi claramente cómo la llave entraba en la cerradura, cómo giraba a continuación, y me franqueó el paso.

—¿Policía...? —preguntó—. ¿Qué busca aquí la policía?

—Teniente Baxter, del Manhattan Oeste —dije—. Homicidios.

—¿Qué tiene que ver su departamento conmigo, teniente? —preguntó.

Y sus ojos estaban fijos en el bolso de Kitia, que yo había envuelto en un papel de periódico, para que no se viera.

—Déjeme entrar y se lo diré —respondí—. ¿O prefiere que hablemos aquí, en el pasillo?

—Por supuesto que no, teniente —respondió—. Vamos, entre. Está en su casa.

—Gracias.

Y crucé el umbral precediéndole a continuación al living.

—Siéntese, por favor.

Lo hice, y quedamos, cuando me imitó, frente a frente, observándonos en silencio, que él interrumpió poco después.

—Aún no me ha dicho qué quieren los de Homicidios de mí, teniente. No será a causa de la muerte de ese... ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí, ya recuerdo! Peter Richarson, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Y qué tengo yo que ver en todo eso?

—Nada, por el momento —dije—. Si vine fue sólo para hacerle un par de preguntas en torno a su mujer; en torno a Kitia Richarson.

—¿Kitia..., Kitia Richarson? ¿Y tengo que conocerla yo, teniente?

—Espero que sea usted quien responda a esa pregunta.

—No conozco a ninguna...

—¿Está seguro? —le interrumpí.

—¡Cuernos, teniente! No me diga que la policía, respecto a las mujeres que alternan conmigo de un modo u otro, sabe más que yo.

—No, desde luego que no, pero de ésta sí.

—Explíquese...

—A eso voy —le interrumpí por segunda vez—. Kitia Richarson estuvo la otra noche con usted toda la noche, ¿entiende? Se la envió una muchacha llamada Marga Owen, y a ésta se la presentó a su vez un tipo de color; un tipo que ya ha muerto, que murió anoche. Yo mismo le maté, Buchanan, cuando trataba de matarla a ella, frente a un bar de la Octava Avenida. Kitia, antes de morir, me dijo que tenía una cita con usted. También afirmó que le dio heroína para que la repartiera entre los compradores que le son adictos a usted. ¿Qué tiene que decir a...?

—Que ha venido aquí con una sarta de mentiras, teniente, y que estoy tratando de averiguar el motivo que tiene para hacerlo. ¿Kitia...? Ya le dije que no conozco a mujer alguna con ese nombre.

—Tal vez se la presentaron con otro.

—¿Y la mataron...? Eso aún es menos creíble.

—Puede ser, Buchanan, pero yo veo las cosas de este modo. Usted, de un modo u otro... o mejor dicho, alguien, de un modo u otro, se puso en contacto con usted. Usted, Buchanan, es un pequeño reyezuelo de este mundo que estamos pisando del hampa, ¿comprende? Mediante un precio le pidió un asesino profesional para que liquidara a míster Peter Richarson, de Wall Street, y sospecho que contrató a ese tipo de color para que le liquidara. Luego la cosa se le complicó cuando Marga Owen, una drogadicta con prontuario policíaco, se la envió. Sé que Kitia Richarson se presentó aquí con nombre supuesto. Pasó la noche con usted tratando de conseguir información; la única que a ella le interesaba. Kitia tenía marcas de agujas en los brazos, de cuando se inyectaba, y eso era para ella un buen salvoconducto. Tan bueno, que logró engañarle a usted..., pero había mucha gente que la conocía por su verdadero nombre, ¿entiende? Uno de ellos fue el tipo de color que se la cargó anoche, y lo hizo por orden de usted.

Sin perder la caima, Buchanan me sonrió.

—¿Sí...? Bueno, teniente, esa acusación tendría que probarla.

—Casi lo he conseguido —respondí—. Kitia tenía una cita anoche, con usted, en un bar de la Octava Avenida. Iba a tomar unas copas, a bailar un poco, a cenar, y luego vendría aquí con usted, para pasar la noche, pero sólo acudió el *killer*, el hombre que ya tenía orden de matarla. Diga, Buchanan, ¿por qué fue? ¿Por qué ese mismo tipo le dijo que ella no era la que aparentaba ser sino Kitia Richarson, la esposa del hombre que usted le había ordenado matar mediante un precio?

Se puso en pie, pero no me moví del sillón.

—Escuche, teniente —dijo, triturando las palabras entre los dientes—. Lárguese ahora y espere las noticias de mi abogado. Creo que no van a gustarle.

Sin moverme, sin contestar, desenvolví el paquete y ante los ojos de los dos apareció el bolso de Kitia.

Lo abrí, lo volví boca abajo y desparramé su contenido sobre la mesa, diciendo sin mirarle, a medida que lo hacía:

—Anoche, una vez que acompañé a la Morgue a mistress Richarson, Buchanan, fui al departamento para...

—Si a esa Kitia, o como se llame, la mataron anoche como dice, teniente —me interrumpió—, ¿quiere decirme cómo no viene la

noticia en los periódicos?

—Cosa de la policía, hijito —me burlé—. Y volviendo a lo que le decía, anoche, una vez en el departamento, hice examinar las huellas que contienen esos paquetes. Encontramos las de Kitia Richarson, y otras más. ¿A qué no sospecha de quién eran las...?

Se lanzó entonces contra mí, y la patada que me lanzó me alcanzó en un costado y me vi rodando hacia la pared.

Tal vez, de haber seguido atacándome, Buchanan hubiese podido matarme en aquel momento, pero no lo hizo. Volvió la espalda y empezó a correr buscando la salida.

Tiré del arma y, desde el suelo, casi ahogándome, grité:

—Deténgase en nombre de la ley. ¡Deténgase, Buchanan!

No lo hizo, sin dejar de correr llegó a la puerta, puso la mano sobre el tirador, trató de abrir y, al parecer, debido a su nerviosismo, tuvo dificultades para hacerlo y entonces se volvió en redondo y disparó.

Apenas si tuve el tiempo justo para hurtar el balazo y a mi vez apreté el gatillo, tirando a matar.

Frente a mí, Buchanan se llevó las manos a la boca del estómago, vaciló sobre sus piernas y cayó boca abajo, pataleó un poco y, sin soltar el arma que llevaba en la mano, quedó quieto, espantosamente quieto.

Me puse en pie y sin mirarle, lentamente, me acerqué al teléfono; unos segundos más tarde estaba pidiendo la ambulancia y me puse luego en contacto con Foster.

Tardó el sargento en llegar apenas tres minutos, acompañado de Joel, y ambos, sin pronunciar palabra, miraron el cadáver y después me miraron a mí.

Aguanté la mirada de Foster durante unos segundos y finalmente dije:

—Vamos, sargento, ¿por qué no suelta de una vez lo que lleva en el estómago?

—¿De verdad quiere que lo haga, teniente?

—¿Y por qué no? —pregunté a mi vez.

—Bueno —empezó, señalando el cadáver—, en realidad no sé lo que pasó para que usted le matara, pero, según mi opinión, era el único eslabón que nos unía con el asesinato de míster Richarson, y

tal vez con el de Marga Owen y el intento de asesinato de mistress Kitia Richarson. Ahora estamos como estábamos en un principio.

—No lo creo yo así, Foster —repliqué.

—¿No? ¿Quiere explicarse, teniente? —medió Joel.

—Luego —respondí—. Es decir, lo explicaré todo mañana por la mañana en el precinto, o tal vez esta tarde. Antes debo hacer una visita.

—¿En cuanto a mistress Richarson...?

—Ella está bien, Foster, y lista para declarar cuando se abra el proceso en contra del asesino de su marido.

—Lo que en otras palabras quiere decir que..., que... Buchanan no era el hombre que le mató, ¿verdad?

—No —afirmé fríamente—, pero sí el que contrató al hombre que lo hizo, Foster. Ese tipo de color.

—Eso no vamos a poder probarlo delante del fiscal del distrito.

—No estaría yo tan seguro de una afirmación como ésa.

El ruido de la sirena de la ambulancia interrumpió la respuesta que indudablemente Foster iba a darme, y luego, más tarde, ya no quise continuar por aquel camino.

Abandonamos los tres el apartamento de Buchanan, tan pronto como se lo llevaron, para, ya en la calle, separarnos.

El resto de la tarde lo pasé con Ruth y Foster en el precinto, preparando el expediente para el fiscal, a pesar de que, como sabíamos todos, faltaba el último eslabón de la cadena.

CAPÍTULO XI

NO me despedí de Ruth cuando abandoné el precinto sobre las ocho y media de la noche, tampoco llamé a Kitia para comprobar si efectivamente se encontraba en mi apartamento.

Tenía muchas cosas en qué pensar antes de dar el último paso; tantas, que mi cerebro no tenía descanso alguno. Había hablado antes de salir con el inspector jefe, y me negué a decirle cuáles eran mis sospechas con el subterfugio de que podía muy bien estar equivocado, aunque en mi fuero interno no era así ni mucho menos.

Recuerdo ahora que me encaminé a mi coche, abrí la portezuela, me instalé frente al volante y empecé a conducir.

Entraba en la 17, poco antes de su cruce con Broadway, cuando ella dijo a mi espalda:

—¿Puedo saber adónde me llevas, polizonte?

La vi a través del retrovisor y respondí:

—Pregunta por pregunta, querida. ¿Puedo saber qué haces tú aquí?

—¡Oh! —se había sentado ya sobre el asiento—. Me escondí en tu coche. Quería hablar contigo, y sabía que no iba a conseguirlo conociéndote como te conozco. Y como ves, llevaba razón. Ocurrió la cosa tal y como pensé.

—¿Sí...? ¿Y qué fue lo que pensaste?

—Que te largarías sin despedirte de nadie. Estás preocupado, ¿verdad, Jim? Sabes ya quién es el asesino y no sabes cómo atraparle. No..., no hay prueba alguna en su contra. ¿Es o no es así?

—Sí, así es, Ruth —taje, dándole la razón bien a mi pesar—. Sólo unas palabras que alguien dijo una noche y que tal vez no conduzcan a nada.

—¿Y si es así...?

—Creo, Ruth —repliqué—, que entonces se habrá cometido el crimen perfecto, si esa persona deja de matar.

—¿Quién es? ¿Me lo puedes decir? —negué con la cabeza y ella añadió—: Sí, es lo que pensaba que me contestarías. Y a propósito, aún no has contestado a mi pregunta; ¿dónde me llevas?

—No lo sé. Por ahí, a dar un paseo. Luego nos despediremos y en paz.

—Puedes venir a mi apartamento. No creo que Kitia... Bueno, ella está en el tuyo, ¿verdad?

—Sí, así es.

Hizo una mueca y replicó:

—Esa es otra de las cosas que sabía. ¿Vais a casaros?

—Por lo menos, ésa es mi idea.

No me contestó.

No lo hizo hasta que nos encontramos en el centro de Broadway.

—Si eres un buen chico, teniente —dijo ella—, y luego de que yo te dé las gracias por el paseo, me dejarás aquí mismo, frente a ese bar. Más tarde asistiré a uno de esos espectáculos y después me iré a dormir.

No hubo más palabras entre nosotros; detuve el automóvil en el lugar indicado y abrí la portezuela.

—Buenas noches, teniente —se despidió Ruth tan pronto como sus pies tocaron la acera—. Si alguna vez me necesitas, cuenta conmigo en todos los terrenos, ¿comprendes?

Me volvió la espalda y empezó a alejarse, y, viéndola, adiviné que ella también había adivinado, sin un error, sin un solo fallo, lo que iba yo a hacer tan pronto como le entregara al fiscal aquel caso completamente resuelto.

Puse una vez más el coche en marcha, di un golpe de volante, entré en la calle Dieciséis y empecé a conducir por la gran arteria en dirección a Columbus Circle. Mediada la calle tomé el teléfono y disqué.

—Residencia de los Sheldon —me contestaron—. Dígame...

—Soy el teniente Baxter, de Homicidios —dije—, y quiero hablar con mistress Sheldon o en su defecto con su esposo.

—Lo siento, teniente —me indicó la voz de la doncella—, pero ninguno de los dos se encuentra ahora en la casa.

—¿Sabe cuándo regresarán?

—No, aunque es muy posible que no lo hagan hasta mañana, o bien entrada la madrugada. ¿Quiere dejar algún recado?

—No, gracias, trataré de ver mañana a míster Sheldon en Wall Street.

Corté la comunicación y seguí conduciendo, a poca velocidad, hasta que lo detuve del todo. Un teniente de la policía, aunque sea de Homicidios, también tiene derecho a tomarse un whisky en cualquier lugar, si le apetece; entretanto, también, se puede pensar; a veces, el licor, cuando se toma con moderación, suele aclarar las ideas.

Descendí del coche y entré en el primer bar que me vino a mano.

Tomé un whisky, trabajo en el que invertí una media hora, y salí a continuación a la calle.

Pensé asimismo si debería o no telefonear a Foster para decirle lo que estaba haciendo, y tal vez para evitar la tentación, dejé el coche donde lo había estacionado y continué andando.

Así entré por lo menos en media docena de bares, en los que apenas si bebí un par de cervezas, y luego llegué a la conclusión que era menester cenar cualquier cosa antes de continuar buscando por los bares de Columbus Circle, por lo que de nuevo me vi frente al volante, conduciendo una vez más en dirección a Broadway.

Allí estacioné frente a la puerta de un restaurante, una esquina antes de llegar a la calle Dieciséis, descendí, empujé la acristalada puerta y entré para darme de manos a boca con la persona que menos podía yo esperar aquella noche, pues juzgué que se encontraría acompañada de su marido.

Se encontraba sentada en una de las mesas, en solitario, teniendo un vaso de whisky a su alcance, más que mediado de licor, con minifalda y las piernas cruzadas por debajo de la mesa. Las medias eran color carne y los zapatos de tacón alto pero grueso,

a la última moda.

Me acerqué lentamente, preguntándome qué diría ella cuando me viera.

—Buenas noches, mistress Sheldon —dije, recordando ya cómo era ella cuando se encontraba en bikini—. Ha sido para mí una sorpresa...

—¡Teniente Baxter! —exclamó, casi poniéndose en pie—. Confieso que me ha sorprendido usted. Vamos, siéntese. ¿Descubrió ya al asesino del pobre Peter?

—No, aún no —dije tomando asiento frente a ella—, y a este paso me temo que jamás lo descubriré. Hoy murió, sin declarar, el último eslabón que nos unía al asesino, si es que en realidad hubo alguna vez tal eslabón. —Esperé a que se acercara la mesera, le encargué un whisky para mí, y añadí tan pronto como se alejó de nuestro lado—: Creí que se encontraba con míster Sheldon.

—Él está ahora en una de sus periódicas reuniones de accionistas. Luego vendrá la comilona, y más tarde un paseo hacia cualquiera sabe dónde —me miró fijamente y añadió—: Por cierto, teniente, no ha hecho caso de mi ofrecimiento.

—Cosas de la policía —respondí—. No invite usted nunca a uno de la «bofia».

—¿Y ahora...?

—No estoy de servicio, pero eso nunca se sabe.

—En ese caso —respondió echándose a reír—, pidamos la cena y tratemos de consumirla antes que alguien de su departamento se le ocurra llamarle, teniente —y llamó a la mesera para encargársela, y pidió luego—: ¿Bailamos, mientras nos la sirven? Aunque, dicho sea de paso, no debo ser yo quien formule una petición como ésa, sino usted.

Pero yo me estaba poniendo ya en pie, por lo que unos segundos más tarde, enlazada por la cintura, la llevé al centro de la encerada y circular pista.

Luego, mientras bailábamos, preguntó:

—Dígame, teniente, ¿es cierto que hoy murió la única conexión que había con el hombre que asesinó a...?

Correspondí a su pregunta con otra:

—¿Se siente morbosa, Cynthia?

—Siempre que estoy con un policía, me siento de este modo.

Empecé a hablar mientras duró el bailable, alternando verdades con mentiras, y la llevé luego a la mesa, donde nos sentamos.

—Es curioso —comentó—, muy curioso.

—¿Qué es lo que ve de curioso en todo esto? —indagué.

—Bueno, el que aún los de Homicidios, y no se ofenda por eso, no hayan dado con el nudo de la cuestión.

—Usted conocía bien a Kitia y a Peter, a éste íntimamente, según me confesó y, al parecer, tampoco sabe nada al respecto.

—¡Es que yo no soy policía, querido!

—No, desde luego que no, y me alegro. Me disgustaría profundamente tener que invitar a cenar a una mujer policía. Hay ya demasiadas en el precinto para desear, de vez en cuando, un poco de calma.

Fue a responderme, pero en aquel momento llegó la cena, por lo que callamos hasta que después de servida nos dejaron solos de nuevo.

Empezando a cenar, Cynthia murmuró, mirándome a los ojos:

—Sé de un sitio, teniente, donde podríamos seguir charlando.

—¿Dónde? —pregunté, llevándome el tenedor a la boca.

—En un apartamento que tengo en la Quinta Avenida. Si quiere acompañarme...

—Puede que lo haga.

—Pero no es seguro, ¿verdad?

—No, no lo es.

—¿Se decidiría si le prometiera contarle todo lo que sé?

—Está bien —dije, dejándome convencer—, usted gana.

Me dedicó una nueva sonrisa y atacó la cena con verdadero apetito.

Al terminar, ya con sendos cigarrillos en las manos, me preguntó:

—¿Nos vamos, teniente?

Me puse en pie, me acerqué a ella y aparté su silla, con lo que me dio las gracias con una sonrisa, y después se colgó de mi brazo, y de este modo alcanzamos la salida.

—Tengo mi coche un poco más allá. Creo que será mejor utilizar el mío y no el suyo, ¿verdad?

Asentí con un mudo gesto de cabeza y ambos, sin que ella se soltara del brazo, alcanzamos el «Jaguar» blanco de su propiedad.

Abrió la portezuela, se situó frente al volante, indicándome:

—Vamos, suba.

Lo hice, me coloqué a su lado y ella puso el coche en marcha.

Empezamos a rodar en silencio, suavemente, de modo magistral, sorteando hábilmente el tráfico, en dirección a la Quinta Avenida.

Número 850, decimonoveno piso, apartamento 890-D.

Abrió ella la puerta, pasó por delante de mí, encendió las luces, y me llevó al living-room.

Un bar al fondo, lujoso, elegante, repleto de botellas, televisión en color, un amplio sofá y tres sillones.

—Prepárese algo para beber —dijo— mientras me cambio de ropa.

Fui al mueble bar en tanto que ella entraba en su dormitorio.

Terminé de prepararme el whisky, tomé el vaso y fui con él hasta uno de los sillones, donde me senté.

Apenas lo hube hecho reapareció ella, vistiendo una minicombinación de nylon negro.

No pronunció palabra, se me acercó, tomó asiento en el brazo del sillón en el que yo me encontraba alargando, de paso, la mano hacia mi vaso.

Dejé que lo tomara, incluso que bebiera un poco, y cuando me ofreció los labios, siempre en silencio, pregunté, sin hacer empero nada por sacudírmela de encima:

—Dígame, Cynthia, ¿por qué mató a Peter Richarson?

El tiempo se detuvo bruscamente en el interior del living-room.

Cynthia lo puso en marcha al segundo siguiente, cuando se apartó suavemente del brazo del sillón y se puso en pie frente a mí, con los ojos desorbitados por el asombro.

—Repita eso, Jim —dijo.

Y su voz era ronca.

—Le preguntaba —dije— por los motivos que la indujeron a matar a Peter Richarson.

—Pero..., pero..., teniente, ¿qué broma es ésa?

—¿Broma...? —traté de sonreír, pero no pude—. No es ninguna

broma, mistress Sheldon. No, no lo es... y ojalá lo fuera —hice un gesto con la mano, que la interrumpió cuando iba a decir algo más, y continué—: Las cosas, según yo las veo, tuvieron que ocurrir de este modo —y recordaba ahora la conversación que sostuve con Kitia la noche que pasamos juntos en el motel—. Tal vez Richarson, y no olvide que sé que tenía un enorme partido con las mujeres, la llevó a aquel motel bajo promesas que usted sólo conoce. Más tarde, apagado ya el interés que por usted sentía sus inclinaciones se torcieron hacia Mavis Kendall. Ella misma no tuvo inconveniente alguno en confesarme que así había sido, que así era y fue, y aún continuaba siendo de ese modo, hasta el momento justo en que le mataron. Usted, verdaderamente enamorada, sentía, las veces que se tropezaba con ellos, unas por casualidad y otras porque le gustaba espiarles, unos celos locos hacia Mavis y hacia la propia Kitia. Sospecho, también, que trató de conseguir un acercamiento hacia él, que incluso llegó a hablarle, y que quizá se burló de usted, y le dijo que lo suyo sólo había sido un pasatiempo para él sin consecuencia alguna, y fue entonces cuando la idea del crimen entró en su cabeza. Era, asimismo, amiga de Kitia. Sospecho también que ella le hablaría, más de una vez, de la gente del hampa, de la gente del bajo mundo a la que ella había pertenecido, que incluso en alguna ocasión llegó a explicarle cómo funcionaban cierta clase de cosas... Tal vez... le nombró en sus conversaciones a hombres como Buchanan, Chick Handersen, Rudy Presley y otros, y de un modo u otro se puso en contacto con Buchanan. Un precio por la vida de un hombre, y mientras usted estaba entre los brazos de su marido o de otro hombre cualquiera, él contrató a un asesino profesional y liquidaron a Richarson, justo cuando éste, desde la Octava Avenida, trataba de ponerse en contacto con Mavis Kendall. Luego intervino Kitia. Ella tenía contactos, los tiene aún, y ese hombre de color la puso en contacto con una drogadicta llamada Marga Owen..., a la que mataron más tarde, cuando por un medio u otro, Buchanan descubrió que ella no era quien decía ser, sino la esposa de Peter Richarson. La mataron por ese motivo o por miedo, cuando se enteraron que yo había ido a verla. Saben por experiencia, los traficantes de droga, que es fácil hacer hablar a un drogadicto. Basta con detenerles y esperar uno de sus ataques, mostrarles entonces la droga y decirles que si la quieren tienen que

«soplar» todo lo que sepan. Es brutal, desde luego, pero eficaz de todo punto. Y ahora, mistress Sheldon, creo que eso es todo. ¿Nos vamos?

—¿Sí...? —dijo sin perder la calma, sin al parecer estar asustada—. ¿Quiere decirme dónde?

—Al precinto, querida —respondí—. Van a ficharla, ¿sabe?, y a ponerla, a continuación, en manos del fiscal del distrito.

—Antes, Jim, debo decirle que tendrá que probar todo eso, que no es nada más que una sarta de mentiras. Por otra parte, usted mismo me dijo que no había testigo alguno. Por lo menos, vivo.

—Sí, cierto, pero se me olvidó lo principal —y aquí adorné mis sospechas con nuevas mentiras envueltas en verdades—: Buchanan tardó un poco en morir, ¿entiende? Minutos tal vez. Pero habló. Ciertamente que no pudo firmar una declaración, pero había más de media docena de testigos cuando lo hizo, Cynthia, y algunos de ellos no pertenecían siquiera a la policía. Serán citados en la encuesta, y con eso creo que es suficiente. ¿Viene conmigo —pregunté acercándome al teléfono—, o debo llamar a un patrullero?

—No hace falta —me respondió con la misma fría calma de siempre—. Vamos, teniente, voy con usted.

Fui, y salimos luego del apartamento, camino de la calle.

* * *

Me acerqué lentamente a la mesa. El inspector jefe clavó sus ojos fríos en mí, sin pronunciar palabra, tal vez adivinando qué es lo que iba a hacer yo; tal vez intuyéndolo desde hacía días.

Y me saludó tan pronto como me detuve rozando el filo del tablero de la mesa.

—Hola, Jim —dijo—, ¿qué te trae por aquí esta mañana? ¡Ah! Debo felicitarte. Ha sido un buen trabajo.

—Gracias —dije como respuesta, y sacando la placa y la pistola las deposité sobre la mesa, viendo cómo ni un solo músculo de su rostro se movía—. Lo siento, inspector, pero..., pero... eso representa mi dimisión.

—No tiene necesidad de hacerlo, Jim. Creo que al departamento no le puede importar su vida privada ni mucho menos.

Pero yo sabía que no era verdad.

—No es ésa mi opinión —respondí—, pero ahora no merece la pena discutir. ¿Sabe? Voy a casarme con Kitia Richarson.

—Sí, lo sé, pero sigo pensando que eso no cambia las cosas.

—Para usted quizá no, y no obstante... Bueno, le ruego que acepte mi dimisión.

—Sí, creo que... Bueno, Jim, vamos a lamentar perder a un hombre como usted. Y ahora, cuando se vaya, ¿qué es lo que piensa, hacer?

—Ya se lo dije, casarme ante todo y luego... tengo algunos ahorros y Kitia también. Quizá..., quizá me decida a abrir una agencia privada de investigación y para eso cuento con su apoyo para que me den la licencia.

—La tendrá, Jim —se puso en pie y me tendió la mano—. Suerte, muchacho.

Poco más hablamos ya, hasta el momento en que nos despedimos.

Salí a la calle luego, y caminé hacia el coche. Kitia, desde su interior, me abrió la portezuela y, en silencio, me acomodé a su lado y lo puse en marcha.

Al arrancar, ella preguntó:

—¿Dónde me llevas ahora, Jim?

Dejé transcurrir unos segundos de silencio y respondí:

—A Las Vegas, muchacha. Vamos a casarnos allí y luego nos divertiremos un poco. Más adelante, ya de regreso a Nueva York, ya veremos.

No me respondió; cerró los ojos, se recostó contra el respaldo del asiento y calladamente continué conduciendo...

F I N

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.